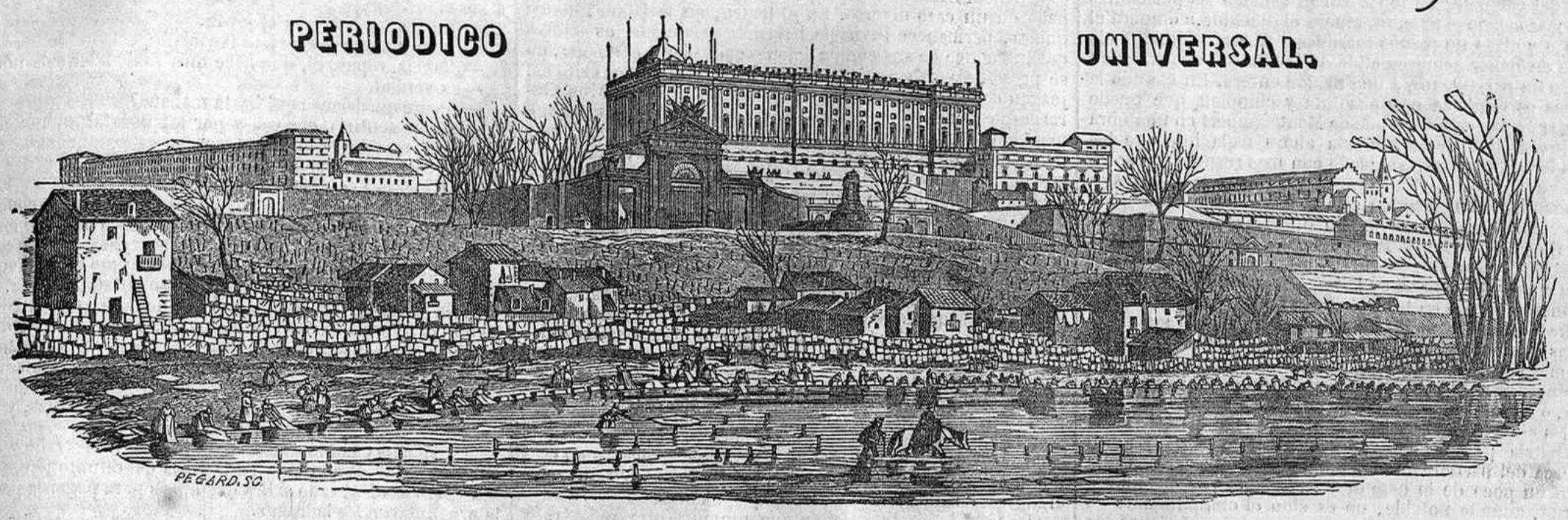
# ILUSTRACION,



MADRID: MES 6 RS .- TRES 16 .- SEIS 30 .- AÑO 50. Número suelto S rs.

MUMI. 49.—SABADO 4 DE DICIEMBRE DE 1852. MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60. Ultramar y estranjero: Año SO.

#### ADVERTENCIA.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros lectores, que con el número próximo repartiremos un nuevo prospecto de LA ILUSTRACION Y del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL. Ambos periódicos van á recibir importantes mejoras, que esperamos llamen la atencion de nuestros suscritores.

#### REVISTA DE TEATROS.

No hay duda de que el público se muestra dispuesto á proteger el espectáculo teatral, y cada dia manifiesta mas aficion. Tambien es verdad que el público madrileño no puede hacer todo lo que quiere; y como los que pueden no son la mayoría, y tienen además donde elegir, resulta de aquí que el público se va haciendo receloso, y elige cuando tiene la seguridad de no engañarse en la eleccion. Nunca falta público para la primera representacion de una obra dramática; pero falta la segunda si aquella no correspondió á las esperanzas del autor y del empresario. Felizmente queda para pagar daños y perjuicios el público de los domingos, que tiene precision de descansar de los trabajos de la semana, y que se contenta con divertirse un solo dia sin andar con escrúpulos.

Como es natural, ¿qué empresario tiene empeño en equivocarse? Pero lo cierto es que se equivocan, y no son solamente los empresarios, sino los que mas costumbre tienen de estudiar el efecto de las producciones dramáticas. Por eso un hombre machucho que nosotros conocemos y que está ya cansado de estudiar el mundo, dice que tratándose de comedias, melones, mugeres y toros, nadie puede ser profeta: y no anda muy descaminado nuestro hombre machucho al juzgar tan de plano, porque, segun sus observaciones, muchas comedias que gustan en la lectura suelen disgustar después de representadas; muchos melones que parecen muy buenos, suelen ser unos pepinos después de calados; muchas mugeres que solteras parecen unas santas, suelen ser unos demonios después de casadas; y en cuanto á toros, sabido es que hay inteligentes que se están las horas enteras mirando el ojo del bicho, y la pezuña y el pelo, y hacen brillantes apuestas para llevar luego un terrible desengaño en el redondel.

Con que así no es estraño que el público se haya vuelto machucho, y espere ver el efecto de las comedias antes de honrarlas con su presencia. Suspendiendo ahora nuestro preámbulo, hagamos una ligera reseña de las representadas últimamente, empezando por el teatro del Príncipe y por la del señor D. José María Diaz, titulada Los dos cuákeros, cuyo asunto está tratado con bastante desaliño. Es muy buen pensamiento el presentar la severidad de costumbres de un cuákero en medio de la desmoralizacion y de la frivolidad del gran mundo, y del gran mundo de París; pero el autor se ha valido para esto de algunos medios muy poco convenientes, y descuidando la disposicion del argumento, quedaron completamente aislados algunos buenos rasgos del honrado cuákero, y versos que son muy buenos, porque el señor Diaz es un buen poeta. El señor Romea se esforzó por salvar la obra, haciéndose aplaudir donde apenas habia motivo para ello; pero no pudo impedir que se recibiera con alguna frialdad.

Siguió á esta produccion una lindísima comedia del señor Selgas. Una mentira inocente es su primera obra dramática, y en ella ha revelado el jóven autor que escribirá indudablemente otras de mayor importancia. El argumento es sencillo, su accion marcha sin violencia, el diálogo es sumamente delicado, y en cuanto á la versificacion, está escrita con mano maestra. A esto se unió una escelente ejecucion, y naturalmente tuvo un éxito lisonjero para el autor, el cual fué llamado á la escena. La representaron las señoras Palma y Ramos, y los señores Romea (D. Julian), Guzman, y Romea (D. Florencio), los cuales fuéron tambien llamados y con mucha justicia.

Una piezecita en un acto de A. Dumas titulada El chal verde se ejecutó hace muy pocas noches en el mismo teatro. Es un juguete cómico cuyo éxito está fiado esclusivamente á la viveza del diálogo, y que por lo mismo necesitaba una ejecucion muy esmerada, y en cuanto á esto la señora Palma y el señor Romea estaban encargados de los dos únicos importantes papeles y nada dejaron que descar. Para hacer

mas perfecto el cuadro, el señor Guzman representó uno muy insignificante. La pieza gustó y fué aplaudida. La traduccion está muy bien hecha por el señor D. Isidoro Gil.

La direccion del Principe dará muy pronto una comedia del señor D. Eugenio Rubí, titulada Caridad y recompensa, y un drama francés titulado Ricardo III, cuyo prin-

cipal papel está á cargo del señor Romea. En el teatro de Variedades han concluido las representaciones del drama del señor Tamayo y Baus titulado Angela. Esta produccion ha dado lugar á una gran polémica, en la cual se ha ventilado la cuestion de originalidad. De las razones espuestas por unos y otros se deduce que el señor Tamayo ha arreglado el drama aleman Intriga y amor, haciendo algunas alteraciones. El jóven autor creyó que estas le daban derecho para adjudicarse la obra de Schiller, y contrariado por la prensa se vió en la necesidad de publicar el prólogo que piensa im-



Buzones de correos.

primir con su obra, en el cual confiesa la adjudicacion, presentando cuantos argumentos pueden ocurrírsele á un buen abogado cuando se esfuerza por defender una mala causa. El señor Tamayo hubiera hecho muy bien en hacer su confesion desde el primer dia, y todo el mundo lo hubiera aplaudido; pero no hay mal que por bien no venga, porque la polémica ha contribuido mucho á escitar la curiosidad y á que el teatro haya tenido buenas entradas. El drama ha sido muy aplaudido, y en cuanto á la ejecucion Teodora Lamadrid consiguió un gran triunfo.

La empresa de este teatro anuncia para representarse muy pronto El trapero de Madrid y un drama francés titulado La pastora de los Alpes.

Pasemos al teatro del Circo. Después de las representaciones del Valle de Andorra, en cuya zarzuela ha merecido muy justos elogios el señor Gaztambide, se han puesto en escena una pieza nueva que tuvo un éxito desgraciado: otra la su primitivo estado.

medio comedia y medio zarzuela titulada El violon del diablo, que pasó, gracías al papel cómico que desempeñaba Caltanazor.

La sociedad tiene preparado un gran repuesto de obras nuevas, y entre ellas una zarzuela del señor Ayala y otra del señor Andueza.

Continúa el teatro Real concurrido la primera noche en que hay funcion nueva y desierto en todas las demás.

El Instituto hace grandes esfuerzos para no ahogarse. Su puerto de salvacion eran en un principio la graciosa Pepa Vargas y Ruiz, pero todo pasa; se ha ido estinguiendo el entusiasmo que antes producia la célebre bailarina, y la empresa se ha visto precisada á recurrir á otras novedades presentando todas las semanas alguna comedia ó juguete cómico para que el público no huya. Dirigen la compañía los señores Sobrado y Alverá, pero en todo lo que en aquel coliseo se ejecuta se advierte falta de estudio; efecto sin duda de la precipitacion con que se pone en escena. Ultimamente se ha representado una cosa que los traductores han calificado de vaudeville-español, no atreviéndose á llamarlo zarzuela para que el público no exigiera mucha afinacion en el canto. El señor Alverá (Don José) salió adelante con su parte, pero la señora Baldó y e señor Jimenez... ¡Por Dios que no canten! El vaudeville-es pañol se titula El marido de la muger de Don Blas; es un dis paraton que hace reir, y esto ya es algo.

El teatro del Drama, vulgo de los Basilios, presenta un aspecto triste y sombrío; se ha ejecutado un drama de los señores Parreño y Monge, tilado La esposa de Sancho el Bravo. Está bien escrito y tuvo buen éxito, pero el público se ha empeñado en no querer ir á este teatro, y de nada sirve que se representen obras nuevas. Se encuentra en el último grado de tisis, y morirá indudablemente si no vienen en su auxilio los turrones de Navidad.

# POESIA.-ELOCUENCIA.

ARTICULO CUARTO.

El poeta no es tan desventurado como el orador. No olvido aquellos versos de Zorrilla

> Que el poeta en su mision sobre la tierra que habita, es una planta maldita , con frutos de bendicion.

Tambien el malogrado Espronceda espresa así sus amarguras.

Para mí los amores se acabaron, el mundo entero para mí acabó; los lazos que á la tierra me ligaron el cielo para siempre desató.

Antes que ellos habia dicho lord Byron con su escepticismo desconsolador: «Si tengo un hijo, le dedicaré à la mas antipoética de todas las profesiones: le haré legista, pirata, ó cualquiera otra cosa: si escribe algo, no será por mi voluntad.»

No obstante yo soy de la opinion de Walter-Scott; á propósito del autor de Childe Harold: «La felicidad ó la desgracia del poeta no depende de sus talentos, sino del uso que

hace de ellos.»

El poeta no necesita de tener público ó auditorio para aparecer como tal y adquirirse renombre. Desde la soledad de su retiro, adonde le hayan conducido sus desgracias, la ingratitud de sus amigos, los azares de su combatida existencia, podrá recrearse en la region de lo ideal y describir las grandiosas escenas del universo, nuestras pasiones y nuestras miserias, y lanzar al mundo ecos inmortales que se repetirán de pueblo en pueblo, de gente en gente en medio de la admiracion, del aplauso y del entusiasmo. El que se halle inspirado con ése destello de la Divinidad, el cual le representa todo con un barniz seductor, con una fuerza de colorido, con una superioridad de concepcion y de espresion que constituyen las primeras cualidades de la poesía, brillará como un astro refulgente aun en el destierro y en los calabozos: el genio se parece algo al acero; reune la dureza y la elasticidad; resiste á los golpes, cede en parte para volver á su natural condicion,

El poeta tampoco necesita de la serenidad del orador. Sus triunfos se obtienen con los pensamientos elaborados en el silencio del gabinete: no le turban ni asustan las peticiones tumultuosas «abajo el tirano», «fuera el dictador,» «muera el malvado,» y otras no menos terribles y amenazadoras. No le acusarán de haber comprometido ó destruido á una fraccion política, á un parlamento, á una nacion entera. En cambio la elocuencia es la gloria mas absoluta y completa que puede embriagarnos. Oigamos al conde de Montalambert en una obra dada á luz recientemente. «Hasta ahora nada hay que los hombres ilustrados hayan saludado con mas respeto y arrobamiento que la verdadera elocuencia; y después de los maravillosos ingenios que la religion sola ha creado y absorbido, la fima no coloca à nadie en el órden intelectual sobre Demóstenes y Ciceron, Burke y Mirabeau, á pesar de sus debilidades.»

Y sin embargo el aprecio y la importancia de los poetas no la sido insignificante en todas épocas, pero especialmente en la antigüedad. En los juegos olímpicos de la Grecia los mejores poetas cantaban sus versos, que eran escuchados por un gran número de espectadores congregados en aquellos certámenes singulares. El poeta era recompensado con una corona de yedra, ó con un ramo de oliva ó de laurel: del mismo modo lo eran los ciudadanos que habian prestado eminentes servicios á la patria ¡Cuánto han variado los hábitos y las costumbres acerca del particular! Hoy dia por cualquier accion que se aparte un poco de lo comun y rutinario, por cualquiera hecho que, aunque notable, no es sino el cumplimiento de nuestros deberes en las diferentes carreras y profesiones, se reclaman con imprudencia, gracias, ascensos, distinciones, títulos, riquezas... Durante las guerras de Mesenia con Lacedemonia, Atenas envió á los Mesenianos el poeta Tirteo para que les auxiliase. En efecto, este con sus himnos marciales les infundió aliento: hizo que se presentasen de nuevo en el campo de batalla y que consiguiesen la victoria. El Dante dió nombre á su siglo: Garcilaso y Ercilla escribian y peleaban á la vez. Hubo un tiempo en que tres poetas se hallaban al frente | la pobreza de sus autores, en tanto que se notarian ante los de los negocios públicos, como ministros de tres estados de espectáculos con que les brinda la naturaleza. Esas flores que Europa: Canning en Inglaterra, Chateaubriand en Francia, Martinez de la Rosa en España.

Para las personas sin númen ni sensibilidad, para los calculadores frios é impasibles, es una calamidad la preponderancia de los poetas. Suponen que estos viven en un eden encantado donde todo es buena fé é inocencia; mas al descender de sus magnificas y tantásticas elucubraciones al campo de la realidad, suelen sufrir lecciones severes y funestos desengaños. Por tanto no creen á los poetas capaces de gobernar. No estoy de acuerdo con este modo de pensar, y debo manifestar desde luego que no entiendo por poesía el arte de colocar las palabras segun las reglas de la prosodia y de la métrica: la entiendo, sí, en la acepcion mas lata y elevada, en el estro, en la originalidad, en la espontaneidad; en ese resorte oculto y misterioso que, ora haya metrificacion, ora deje de haberla, se apodera de nuestro ser, le levanta de las afecciones terrenales y pigmeas en que diariamente nos movemos y rebullimos cual insectos entre las matas, y nos traslada á una atmósfera llena de placer, de dulce melancolía, de tierno sentimiento, de electricidad y de magnetismo indefinible; en ese don precioso y envidiable que, á semejanza de una varilla mágica, trasforma cuanto toca, y que distingue á los hombres privilegiados aun cuando no hayan escrito jamás un solo

verso. Previa esta esplicacion, diré que la influencia de la poesía es muy poderosa é indeclinable en el destino de la especie humana, porque vivimos siempre entre ilusiones y quimeras en todas edades y circunstancias; y así dice Fontenelle en su Diálogo de los muertos: «Destruid las ilusiones, y no nos queda sino la ilusion; destruid los sueños, y todo lo demás es sueño;» porque la imaginacion, que Montaigne llama la losa de la casa, tiene una parte no pequeña en los acontecimientos mas sorprendentes y estraordinarios, que sondeados detenida y profundamente, hay motivo para dirigir la pregunta de «¿quién es ella?» de Carlos III y de Breton de los Herreros; porque los grandes pensamientos vienen del corazon, y generalmente se siente mas bien que no se piensa, y la poesía verdadera está en el corazon, en la imaginacion y en el sentimiento. No es estraño pues que haya habido poetas que pasuron de la quietud y retraimiento de sus trabajos á las agitaciones de la política, esperimentando por esta transicion repetidos disgustos y sinsabores: de la política, ese mónstruo que todo lo traga y consume; ese abismo insondable en que se precipitan las mayores reputaciones, las lumbreras mas esclarecidas; ese torbellino de incesantes vicisitudes, que á unos eleva y ensalza, á otros abate y deprime; vida de tanta grandeza y á la par de tanta miseria, y sin la cual algunos se verían al fin de sus años hechos unos zascandiles de lugar, ó cuando mas, unas celebridades de campanario.

No conceptuo incompatibles el talento de la poesía con el talento de gobierno. ¡Cuántos hay que sin tener nada de poetas son incapaces de gobernar bajo ningun aspecto! ¡Cuántos que siendo incomparables al frente de una nacion, no aciertan á gobernar su propia casa! ¡Cuántos en la historia antigua y moderna han sido simultáneamente legisladores, literatos y guerreros! En esta materia se han visto sucesos muy raros. Sugetos considerados de poca habilidad, desplegaron inmensos recursos en apuros y conflictos; y otros, reputados de mucho saber y capacidad, colocados en posicion de prueba, si bien en situaciones normales, se desacreditaron, é hicieron esclamar á los independientes é imparciales: ¡Qué calaveras! ¡qué calabazas!...

El poeta puede carecer sin inconvenientes de algunas ventajas y requisitos que contribuyen sobremanera á la escelencia del orador, el que debe poseer una voz clara, sonora, fuerte, que domine à la multitud, singularmente en esas luchas tremendas en que ella se alborota, haciendo un estrépito imponente, parecido al de una mar brava y borrascosa. La voz ejerce un ascendiente incalculable sobre los oyentes; á ella debieron en parte su preeminencia y su poder en las asambleas y en los clubs, Mirabeau y Danton; en los tribunales Berrier; en el foro escénico Talma y Cing Mars. No es posible resistir al encanto de la melodía y de la modulacion de los sonidos, cuando son la enunciacion fiel, elocuente, arrebatadora de los afectos y pasiones. Cada palabra que se prouncia es una saeta disparada que llega al corazon, tanto mas,

cuanto que á este medio apremiante y decisivo acompañan la 1 mirada, la accion y el gesto. El orador echa mano de estos espedientes haciéndolos plegar á sus designios. El poeta se halla en un caso diverso. En el teatro, en la fábula, donde quiera, permanece invisible hablando solamente los actores que introduce en sus composiciones; si lo hace el mismo, no se presenta personalmente. Los circunstantes, los críticos, juzgan de las bellezas y de los defectos de la produccion literaria que tienen á la vista; pero nada mas. No así relativamente al orador, á quien se exige un continente noble, maneras elegantes, voz simpática y conmovedora, aunque se encuentre en medio de les debates mas acalorados, de las mas enérgicas emociones del ánimo, y atacado por el furor de sus antagonistas: lo cual recuerda el refinamiento y la molicie de las matronas romanas, que pedian á los gladiadores que en el acto de morir cayesen en una postura graciosa.

Por eso el mejor discurso oratorio está falto de todo su embeleso cuando es leido con estudio y frialdad: es un pálido reflejo de una luz antes pura y deslumbradora; con razon puede tenerse por un tapiz al revés, como denominaba Cervantes las traducciones; es en fin un arbusto hermoso y lozano en la primavera, y que en el otoño se queda mustio y en esqueleto. La poesía escede á la elocuencia en este punto: sus creaciones, su prestigio no se desvanecen, y sus obras maestras atraviesan los siglos, los climas, las generaciones, ostentando el sello del genio, cual caractéres indelebles estampados en esos monumentos seculares que sobreviven á las ruinas de tantas I su pesar se habia acostado en la cama del difunto jefe."

ciudades, en otro tiempo célebres y opulentas.

La vida del poeta es mas que ninguna otra reflexiva y meditabunda: todo debe escitarle su atencion; todo puede servirle para comparaciones, emblemas, símiles, alegorías, temas, etc. Donde se le ofrece un gérmen vigoroso de inspiraciones, es en la contemplacion de la naturaleza y de las formaciones colosales de los hombres. Sin embargo, se han conocido poetas de primera nota, que desdeñan cuanto sale de las manos del hombre, por descubrir en ello la pequeñez, se marchitan como nuestras esperanzas: esas hojas que caen y son arrastradas por el viento, como se desprenden del corazon las ilusiones para ser sustituidas por la indiferencia y la incredulidad que acibaran nuestros dias y los convierten en una agonía lenta y desesperante: esos árboles que se secan como se arruga y afea nuestro semblante en la vejez: esa tierra que se agosta como nuestro porvenir: ese océano, ora irritado y proceloso, símbolo de una ira turbulenta, ora manso y apacible, representando el contento y la felicidad: esos arroyos que se deslizan por las praderas, suspirando como nuestra alma en ciertas horas de meditacion solitaria: ese fragor de los bosques, sacudidos por la tempestad, semejantes al ruido de la muchedumbre embravecida: esos rumores y armonía inefables al concluir la tarde, parecido á nuestros vagos deseos y aspiraciones: esas montañas de nieve que se desploman cual proyectos que se frustran: esos volcanes cuyas lavas van sembrando por donde pasan la desolación y el esterminio como la ambicion imprudente y desapoderada de un soldado favorecido por la fortuna reduce á escombros y cenizas las naciones conquistadas: esas formidables cataratas que se precipitan con horrísono estruendo, como caen heridos al estampido del cañon los combatientes de dos ejércitos enemigos ese calor que se entibia cual nuestros amores: ese sol que se aproxima al ocaso, cual nuestra cabeza se va inclinando hácia el sepulcro: esos rios que se hielan como nuestra sangre, y van á perderse en el inmensurable lago del orbe, no menos que nuestra vida va á confundirse en la eternidad!... Hé aqui fecundos é inagotables manantiales de poesía sentimental y sublime.

(Continuará). ANTOLIN ESPERON.

#### EL LADRON MAESTRO.

CUENTO POPULAR.

Nuestros antepasados gustaban, en sus momentos de ocio, de componer historietas que, producto unas veces de leyendas mas ó menos conocidas, ó fruto de su imaginacion, servian para instruir ó entretener á sus familias. Reunidas estas en las largas horas de invierno en el hogar doméstico, al amor de una buena lumbre, rodeando los niños al jefe de aquella prole, se distraian con la relacion de alguna maravilla ó suceso que ocupaba en gran manera sus imaginaciones juveniles, y los padres, á su vez, se prestaban gustosos á recitarlas, y muchas veces á inventar algun cuentecillo que concluia siempre por una máxima de moral que por lo breve, como lo son todas ellas, le servia luego de tema para reprender sus faltas y desmanes. En los pueblos del mediodía, mucho mas aun que en los del norte, abundan estas compendiadas historietas. La que vamos á relatar, es seguramente de las mas populares que hemos oido entre los pueblos limítrofes del Pirineo.

«Vivia una vez un pobre paisano que tenia tres hijos. No teniendo nada que dejarles á su muerte, ni dinero para aprender un oficio, estaba indeciso sobre lo que debia hacer. En fin, cansado de reflexionar, les dijo un dia:

-Hijos mios, haced lo que os plazca; id donde querais, que

yo os acompañaré un buen trozo de camino. Dicho y hecho.

El padre y los tres hijos tomaron el camino hasta que llegaron á un punto donde se cruzaban otros tres. Alli tomó cada hermano el que mejor le pareció, y el padre, deseándoles un buen viaje, se volvió á su choza.

No os contaré, hoy por lo menos, lo que sucedió á los dos primeros; únicamente nos ocuparemos del mas jóven.

Una noche que andando andando atravesaba un bosque le sorprendió una fuerte tempestad. El viento era tan impetuoso y el granizo que caia tan duro y copioso, que tenia que ir con los ojos cerrados; imposible le era marchar adelante, é imposible tambien volver hácia atras. Dejose, pues, llevar de su estrella, tropezando aquí, cayendo allí, sin saber adonde iba, hasta que vió á lo lejos una luz. Dirijióse lo mejor que pudo hácia ella, hasta que al fin llegó. La luz provenia del fuego de una chimenea, y nuestro jóven pensó entonces que los I de resarcirse con la venta del uno, de la pérdida de los otros

amos de aquel asilo hospitalario no se habrian todavia acostado. Entró, y se encontró de manos á boca con una vieja que limpiaba los muebles, y lo disponia todo como si esperara á sus amos.

-Buenas noches, dijo el jóven. -Buenas noches, contestó la vieja.

-¿Sabeis, repusa él, que hace muy mal andar esta noche? -Es verdad.

-¿Podré quedarme aquí hasta mañana?

-Mucho sentiría por vos y por mí que tal intencion tuviéseis, respondió la anciana; porque si los dueños llegan y os encuentran, nos matarán á los dos. -¿Y quiénes son vuestros amos, buena muger?

-Ladrones, respondió ella, y de los peores que se conocen. Me robaron cuando yo era muy pequeña todavia y me encerraron aqui para que tuviese cuidado de la casa.

-Tanto peor, pardiez! repuso el jóven; me quedo, suceda lo que quiera. Me voy á acostar y dormir hasta mañana. -No tengo fuerza para arrojaros de aqui, dijo la vieja, y

ya que lo quereis haced como gusteis. Yo ya os lo he dicho. Pero el jóven sin escuchar mas, se entró en el cuarto mas próximo donde habia una cama y se acostó: mas apenas habia cerrado los ojos cuando llegaron los ladrones. Es preciso advertir que estos habian perdido al capitan dias antes, y todavia no habian elegido sucesor.

La vieja les contó cómo habia llegado un estraño y que á

- Habeis observado si llevaba dinero para pagar la posada? le preguntaron los ladrones.

-Dinero decis? Si el vestido que lleva es suyo será todo cuanto posea.

Mientras los ladrones asombrados de aquel arrojo meditaban lo que harían de nuestro jóven, este se levantó, y dirigiéndose á ellos, les dijo: ¿teneis necesidad de alguien que os ayude, señores? os aconsejo que me recibais y de seguro quedareis contentos de mí.

-Hola! contestaron los ladrones; ¿quieres aprender nuestro oficio?

-Poco me importa el que sea, respondió el muchacho: al dejar mi casa me dijo mi padre que era libre de escoger el que quisiese.

-¿Pero, en fin. quieres, si ó no, ser ladron?

—¿ Por qué no? al fin y al postre me parece que no es cosa dificil.

-No tan fácil como crees, replicaron los ladrones; pero consentimos en probar lo que sabes hacer.

Al dia síguiente comenzó la prueba. A poca distancia del bosque vivia un labrador que tenia tres bueyes, de los cuales quería llevar á vender uno al mercado: los ladrones que lo sabian por uno de sus espías dijeron al jóven:-Si logras robarle los tres, sin causarle el menor dano, te ricibiremos no como uno de los nuestros, sino que te nombraremos nuestro capitan.

El jóven antes de partir para su espedicion solo quiso llevarse un zapato con hevillas de plata, que hacia parte del botin que les ladrones habian recogido el dia anterior.

Apostose en una de las encrucijadas precisamente por donde habia de pasar el labrador con su res, habiendo dejado antes en medio de la senda el zapato con hevilla.

Cuando el labrador le vió esclamó. ¡Ay que zapato tan bonito! Si tuviera el otro igual me los llevaría para hacer con ellos un regalo á mi muger. Esto la pondria de buen humor, ya que siempre está de malo.

(Ha de saberse que el buen hombre estaba casado con una muger tan gruñona y displicente que no pasaba dia sin que le calentase las orejas).

Pero el pobre hombre añadió al momento: - Creerá que me quiero burlar de ella si la ofrezco un zapato desparejado: mas vale dejarlo donde está. Y diciendo y haciendo continuó

su camino. Nuestro aprendiz de ladron salió de su escondite, recogió el zapato, dió media vuelta, y lo colocó otra vez al paso del labrador.

Cuando este lo notó: Qué tonto he sido, esclamó, de haber dejado el zapato, cuando no debia tardar en encontrar el igual! Volvamos pronto á buscarle, y llevaré el par á mi muger.

Para andar mas de prisa ató el buey á un árbol. Pero cuando volvió, no solamente no habia encontrado el zapato sino que la res habia desaparecido. ¡Qué desgraciado soy! esclamó entonces. ¿Qué dirá mi muger cuando sepa que he perdido el buey? Es capaz de matarme. Pero reflexionó que lo mejor era volver por el segundo buey, y hacer creer á su esposa que habia vendido los dos. Vuelto á su casa, encontró que aquella dormia todavia; por consiguiente tuvo tiempo de llevarse el segundo sin que nadie lo notase.

Nuestro jóven se había provisto esta vez de una cuerda y pasándola por debajo de los brazos se ahorcó de un árbol al paso del labrador. Cuando este le vió se contentó con decir: Hé aquí un hombre mas desgraciado ó mas tonto que yo, porque ni yo ni nadie puede socorrerle. Por mas que haga, buen mozo, no podré volverte á la vida. ¡Adios hasta el dia del juicio!

Y muy contento de si, continuó su camino con su buey. El jóven se bajó del árbol, dió un rodeo y volvió á presentarse ahorcado de nuevo á su paso.

-Dios me asista! esclamó al verle el labrador; ¿eras tan desgraciado que te has ahorcado dos veces en vez de una?... Como quiera que sea, nada puedo hacer por tí... Y siguió andando.

Mas el jóven hizo por tercera vez lo que habia hecho las dos primeras. Al verlo el labrador se quedó atónito y esclamó: cómo! ¿eres el mismo? ¿ó erais acaso tres hermanos tan necio el primero como el último?... Pero esto tiene algo de magia!... Pardiez! voy á ver si están todavía los dos primeros.

Ató su buey á un árbol, y volvió atrás para verificar el hecho; pero mientras que buscaba de árbol en árbol á sus ahorcados, el jóven bajó del suyo, se apoderó del buey y desapareció con él. Cuando el labrador al volver no encontró á su res empezó á gritar y desesperarse, hasta que reflexionó que valia mas ir por la tercera, llevarla al mercado y venderla lo mas caro que pudiese.

Ya volvia del establo medio consolado con la esperanza

dos, cuando á un recodo del bosque oyó fuertes mugidos. Ah! | esclamó entonces, reconozco la voz de mis bueyes, no están lejos y voy á pillarlos. Atemos el tercero mejor que los otros para que no se nos escape. Y diciendo y haciendo empezó à recorrer el bosque de arriba à baje; pero todo fué inútil, y mientras tanto el tercer buey desaparecia tambien. El labrador se desesperó, se arrancó los cabellos, se dió de bofetadas, y en muchos dias no volvió á su casa, temeroso de ser

apaleado por su muger.

El jóven presentó á los ladrones los tres bueyes, reclamando el cumplimiento de su promesa, conviniendo al fin unanimemente en que habia empezado como un verdadero profesor, y le reconocieron por lo tanto como su jefe y capitan. El, como si toda la vida hubiese estado acostumbrado á mandar, tomó un aire imponente, les pasó revista, y les dijo que él á su vez queria probar su valor en una espedicion que meditaba, cuyo secreto se reservaba para si hasta que los hubiese reunido á todos y colocádose él á su frente. En consecuencia cada uno se fué por donde quiso quedándose solo en la caverna. Cuando los ladrones se hubieron alejado soltó los bueyes para que se volviesen libres á su establo; y después desatando los caballos y cargandoles con todo el botin que habia en la cueva, dijo à la vieja: despedios de vuestros amos por mí, y decidles que les aconsejo que me esperen porque podria costarles carò el encontrarles fuera del sitio donde debemos reunirnos.

Dicho esto se marchó.

Felizmente encontró el camino que conducia al hogar paterno, y cuando le vió desde lejos, se vistió un magnifico uniforme que encontró en el guardaropa de los ladrones. Disfrazado así, gracias á su buena presencia, pudo pasar por un general de ejército. Llamó á la puerta, y cuando le hubieron contestado dijo:

-Quisiera una buena habitacion.

-Monseñor se burla, respondió su padre. Qué cuarto podré dar en mi pobre cabaña á un señor tan poderoso?

-Siempre habeis sido avaro, repuso el jóven, y ahora lo sois mas que nunca pues que os negais á dar un albergue á buestro hijo.

-Vos mi hijo? dijo el montañés. -Cómo! ¿no me reconoceis?

-Ah sí, tú eres! ¿Pero qué oficio has tomado que en tan

corto tiempo te veo vestido como un principe?

-Ya os contaré esto mas tarde, repuso el jóven. Ya recordareis que me dejasteis en libertad de tomar el oficio que mas me acomodase. He aprovechado el permiso, y he hecho mi aprendizaje en una banda de ladrones. He concluido, y ya me veis ladron maestro con los grandes beneficios que me ha reportado mi primer campaña.

Al dia siguiente dijo á su padre. «Ahora que tengo ya un buen estado pienso casarme. No creo ir muy lejos para encontrar muger. El señor del castillo vecino, que es tan rico como yo, tiene una hija lindísima. Dudo que se encuentre mejor partido en veinte leguas á la redonda. Id y pedidla de mi

parte.» -Estas loco? dijo el padre.

-Cuerdo y muy cuerdo, respondió el hijo. Tengo todo lo que se necesita para ser un completo ladron maestro. Id, pues, y haced mi comision.

Fuese el padre, y no tardó en hallarse en presencia del castellano, no sin temor de verse duramente castigado por tamaña osadía.

-Monseñor, esclamó; apiadaos de un padre desgraciado. He dado rienda suelta á mis tres hijos, dejándoles en libertad de escoger un oficio. El mas jóven ha vuelto ya, y con pretesto de que es rico, se atreve á pediros la mano de vuestra hija.

-Hola! hola! ¿y qué oficio tiene vuestro hijo que le hace tan atrevido?

-Monseñor, el de ladron-maestro. El castellano se echó á reir.

-No es mal oficio, dijo, y da riqueza cuando se sabe aprovechar. Id y decid á vuestro hijo que no puedo creerle bajo su palabra tan solo, y que es preciso que me dé una prueba ostensible de su rara habilidad. Si quiere que le dé á mi hija, que me robe el domingo próximo el asado de mi cocina á presencia mia y de mis criados.

El padre contó literalmente á su hijo el resultado de la entrevista, diciendo que el señor del castillo habia querido

sin duda alguna burlarse.

gravedad. Hubiera deseado que me impusiera una condicion

mas difícil. Su hija será mia.

El domingo por la mañana cogió tres liebres, las metió dentro de un saco, se disfrazó de pobre, y se presentó en el patio del castillo. El señor se hallaba con sus criados en la cocina cuidando del asado: - « Muy bien, dijo el ladron, veo que me esperaban.» Abrió entonces el saco, y dejó salir una de las liebres, que echó á correr.

-Oh! qué liebre! esclamaron los criados queriendo largarse

todos en su busca.

-Quietos todos, esclamó el castellano; no se pilla una liebre al primer vuelo.

Un momento después soltó otra liebre; los de la cocina creyeron al pronto que era la misma y quisieron correr tras

ella; pero el dueño les impuso silencio diciéndoles:-Dejadla correr. La tercera no tardó en seguir á las dos primeras. Los criados creian siempre que era la primera, y el amo esta vez

fastidiado de verla dijo: -Está bien cebada, y es grande por vida mia, y ya que

nos provoca, tratemos de cogerla.

Corrieron todos en pos olvidando el asado. Mientras tanto, nuestro jóven penetró en la cocina, y sacando la carne del asador, se marchó con ella... Ignoro si el noble señor tendria aquel dia algo mas que comer: lo cierto es que no pudo coger la liebre, y se quedó sin el asado.

El cura del lugar estaba aquel dia convidado á comer, y cuando le contaron el lance, se echó á reir á carcajadas.

El señor, picado con los sarcasmos del buen padre, dijo que no daría la mano de su hija tan fácilmente.

Al dia siguiente nuestro jóven se presentó reclamando el cumplimiento de la palabra empeñada.

-No, dijo el castellano, no quiero que me venzas con tanfa facilidad. Exijo otra prueba. Tengo doce caballos en mi cuadra; si me los robas todos estando montados mis criados, 1 te casarás entonces con mi hija.

-Haré cuanto pueda, contestó el jóven. ¿Pero me dareis

su mano si lo logro?

-Haré cuanto pueda, como tú dices, repuso el castellano. El ladron maestro se dirigió á una taberna y compró aguardiente para llenar dos botellas; en una de ellas añadió una infusion de adormideras, alquiló once hombres que puso de centinela junto á la cuadra, y pidió prestado á una pobre vieja sus vestidos, tapándose la cara con un manto. Disfrazado de este modo, y apoyándose sobre un palo, llevando consigo las dos botellas, se dirigió cojin cojeando al castillo, á donde llegó al ponerse el sol.

En aquel momento mismo los palafreneros, después de haber dado de beber á los caballos, se disponian á montar,

obedeciendo las órdenes de su amo.

— ¿Qué quereis? preguntó uno de ellos á la vieja. -Ah! ah! respondió ella temblando toda; hace tanto frio por allí fuera, que si paso la noche al cielo raso, me moriré sin remedio; dejadme por caridad pasar aqui la noche.

-Vete al diablo, vieja maldita, dijo un palafrenero; sal pronto de aquí, que si el amo te encuentra, todos lo pagaremos.

-Eres muy cruel con esa pobre muger, repuso otro; ¿y qué puede hacernos si la dejamos dormir aquí?

Unos eran de parecer que se la echase, y otros que se la diese asilo; hasta que al fin, viendo que habia entrado y que no ocupaba mas que un rincon, la dejaron tranquila.

Apenas habia pasado una hora, cuando los ginetes empezaron á fastidiarse de aquella postura, quejándose de que se les enfriaban los piés, las manos y el estómago.

- ¡Si pudiera al menos fumar una pipa! dijo uno.

-O jugar una partida, añadió otro.

-O beber un trago, repuso un tercero. -Brrr... ¡qué frio hace! esclamó la vieja temblando toda y destapando al mismo tiempo una de las botellas que acercó

á sus labios; al menos, este trago me confortará un poco. -Hola, vieja, ¿qué llevais en esa botella?

-Un poco de aguardiente.

-¿ Aguardiente dijísteis? dejadme beber un sorbo, esclamaron á la vez los doce palafreneros.

-Ay! esclamó la vieja, tengo tan poco, que apenas podreis

humedeceros los labios.

-Pues bien, no beberemos mas del que hay, replicaron; y como la vieja se hacia de rogar, la obligaron á que les pasase la botella. Ella obedeció al momento dándoles la que contenia la mezcla de adormideras, pero apenas bebia el último ginete, cuando el primero dormia como un liron.

Entonces el ladron-maestro se despojó del disfraz, sacó con tiento de la silla á los palafreneros, los sentó con gran cuidado sobre el pesebre, y llamando á los once hombres

apostados les entregó un caballo á cada uno.

Al dia siguiente, cuando el señor del castillo fué á ver si se habian cumplido sus órdenes, encontró á sus criados medio dormidos todavía, y algunos que soñando estar á caballo daban de espolazos contra la pared.

-Ay! ay! que comprendo perfectamente lo ocurrido: sois unos imbéciles de haberos dejado robar los caballos, y para que otra vez esteis con mas cuidado voy á daros cincuenta

azotes á cada uno.

Los pobres palafreneros se dejaron azotar sin quejarse. Pero cuando hácia el mediodía llegó nuestro jóven á re clamar la promesa, le respondió el castellano:-No, no, todavía no: os vuelvo á comprar mis caballos á razon de cinco onzas por cabeza; pero no os entregaré á mi hija si no me robais mi propio caballo cuando me halle montado en él.

-Lo encuentro muy fácil, dijo el ladron-maestro; y para conseguir la mano de vuestra hija no hay cosa que no intente.

-Tal dia á tal hora me encontrareis en el camino. El primero que llegue esperará al otro.

Nustro jóven buscó una mula desechada y coja, una carreta desmantelada, y un tonel, ofreciendo diez escudos á una pobre vieja si consentia en meterse dentro de él con la boca abierta contra el agujero del sifon, por donde introduciria él uno de sus dedos. - Si le retiro por dos veces, la segunda os daré diez escudos mas.

La vieja se mostró muy contenta de poder ganar diez es-

cudos y aun veinte si era posible.

El ladron se disfrazó de carretero, con barba blanca y pe--Ni el señor ni yo nos burlamos, repuso el hijo con toda | luca de cáñamo, yendo en busca del castellano el dia y hora indicados, con su carreta y su tonel. La carreta iba tan despacio que apenas adelantaba un paso por minuto.

Viole el señor y no le reconoció. ¿Y quién le hubiera conocido con su peluca y su barba caminando tan despacio? Después de pasear largo rato acabó por impacientarse.

-Hola, buen hombre! le dijo; ¿no has encontrado á nadie? -No señor, ni un alma: tan solo he oido hace poco una voz que cantaba

Espérame, castellano, Con tu brioso corcel, Que aunque no quieras, la mano Me has de dar de amigo fiel.

-Por ahí debe andar mi hombre, esclamó el señor del castillo: ¿quereis, buen hombre, dejar por un momento vuestra carreta, internaros en el bosque, y decir al cartor que aqui le espero? Anda y toma un escudo en recompensa.

-Ay señor, que no puedo, contestó el fingido carretero, porque tengo que llevaros este tonel de malvasía de parte de

vuestro primo el condestable.

-Un tonel de malvasía! esclamó el castellano que era buen bebedor de suyo: pero al paso que vas no vas á llegar nunca.

-No tengo yo la culpa, mi señor, pero he perdido el tapon y apenas he tenido tiempo de meter el dedo para que no se derramase el vino. Si quisierais remplazarme un momento, haria vuestro encargo y de camino cortaria otro tapon.

-Es muy justo, dijo el castellano, favor por favor: anda y trae otro tapon, y procura decir al impertinente cantor lo que te he dicho. Y diciendo y haciendo, desmontó el castellano, aprestán-

dose à tapar con su mano el agujero del tonel. -Pronto, pronto, mi señor, no sea que se derrame.... Así, así, perfectamente.... ni una sola gota se ha perdido.... y saltando luego sobre el corcel, continuó con su voz natural: Mu- l el francés.

chas gracias, señor mio; voy corriendo á avisar que os envien otra montura, porque ya este caballo me pertenece.

El castellano atónito de aquel ardid retiró al momento su mano, oyendo á la vieja que gritaba: «Ya he ganado veinte escudos.»

Al dia siguiente, y cuando creyó que la cólera del castellano se habria aplacado un tanto, se presentó el jóven á reclamar el cumplimiento de la promesa; pero el señor exigió una nueva prueba. Esta será la difinitiva y la última, le dijo, si la aceptas.

-Aceptada, cualquiera que ella sea, contestó el jóven. -Pues bien, te desafio á que robes las sábanas de mi cama y la camisa que lleva puesta mi muger.

-Me desaliais? Esto me basta. ¿Pero obtendré finalmente

la mano de vuestra hija?

-Te lo juro, respondió el castellano.

El ladron-maestro descolgó, apenas habia entrado la noche, el cadáver de uno que habian ahorcado la víspera, y lo llevó hasta el jardin del castillo debajo de las ventanas del cuarto de dormir. Una vez allí, colocó el cadáver junto á los cristales de modo que parecia un curioso que espiaba lo que se hacia en el interior.

-Aquí está ya nuestro ladron, dijo al oido el señor á su muger, que cree poder burlarse de nosotros; pero ya he pensado que lo mejor es concluir de una vez, y voy á saltarle la

tapa de los sesos.

Y esto diciendo tomó una carabina que tenia colgada á la cabecera de su cama.

Pero su muger le detuvo el brazo, diciéndole:

-No hagas tal, porque la culpa es tuya, y además su audacia me interesa.

-Nada, nada, es preciso acabar de una vez, repuso el senor, voy á matarle; y le apuntó repetidas veces, pero la cabeza aparecia y desaparecia sin cesar. En fin, seguro una vez de su punteria, soltó el gatillo, salió el tiro, y al mismo

tiempo se oyó el ruido como de un cuerpo que cae. -Todavía no me fio, dijo el señor, el tunante puede haber escapado, y quiero cerciorarme por mi mismo que le he muerto. Tanto peor para él si finge, porque muerto ó vivo no

me separo de él.

Harás muy bien, contestó la dama, porque no es prudente que mañana encuentren un cadáver debajo de la ventana. El castellano salió al jardin por una puerta secreta, y apenas habia salido cuando introduciéndose el ladron subió á su

cuarto. -Ya estais de vuelta ? esclamó la dama, equivocándole con su esposo, os confieso que tengo miedo. Ha muerto realmente ese pobre jóven?

-Muerto y muy muerto, contestó el esposo fingido; iba á exhalar el último suspiro cuando he llegado, y al verme ha dicho que me perdonaba.

-Estais conmovido y agitado, esposo mio!... al fin era valiente y no habia robado mas que á los ladrones. Ya sabia

yo que sentiriais el matarle.

-Teneis razon, esposa, y por eso vuelvo; pues para contentarle, le he ofrecido sepultarle envuelto en mis sábanas y cubierto con la misma camisa que llevais, y que se vanagloriaba de robarnos:

- ¿No es bastante la sábana? dijo la castellana mientras

que el señor fingido la quitaba de la cama.

-No, no, querida mia; un tuno semejante seria capaz de volver del otro mundo para reclamar mi palabra. Despachaos, querida, y dadme la camisa. -La buena castellana tenia mucho mas miedo á los apa-

recidos que á los ladrones. Así se quitó al momento la camisa y se la dió. El ladron-maestro no tardó en desaparecer.

Apenas hacia salido, cuando entró el verdadero esposo y senor.

-Cómo! le dijo la dama; ¿ya le has enterrado tan pronto? -Enterrado, no; le he precipitado en el rio.

-¿Con la sábana y la camisa?

- ¿Qué estais diciendo?

- No le habeis ofrecido hacerlo así, y no os las habeis llevado ahora mismo?

-Ah! interrumpió el castellano, no digais mas; veo que el bribon hace todo cuanto se le pone en el magin; y si se empeña, es capaz de casarse con nuestra hija contra su voluntad y la nuestra. No hay remedio; si viene, preciso será cumplirle la palabra.

Al dia siguiente, como de costumbre, se presento el jóven para restituir la sábana y la camisa. La dama se avergonzó un poco al verle, pero el castellano estaba ya resuelto, y declaró con la mayor amabilidad posible que siempre había tenido intencion de cumplir su promesa.-No tan solo, dijo, os concedo la mano de mi hija, sino un buen dote. Si el señor cura os absuelve cumplidamente de vuestras culpas, que publique las amonestaciones el domingo próximo.

Publicáronse estas en efecto el dia señalado, y se casaron. La boda fué magnífica y espléndida. El ladron-maestro y su muger vivieron felices, y tuvieron muchos hijos, á quienes su padre repetia con frecuencia: No creais que se debe seguir la máxima de quien roba á un ladron merece cien años de perdon; antes bien sed siempre honrados, y no quiteis nada ni aun á los ladrones. Ya Dios los castigará.

#### DICHOS DE AUTORES NOTABLES.

L. M. Y R.

Tales Milto decia que de todas las cosas la mas antigua era Dios, la mas hermosa el mundo, la mas fuerte la necesidad la mayor el espacio, la mas sábia el tiempo, la mas rápida el pensamiento y la mas comun la esperanza.

Segun Montesquieu, la Alemania es propia para viajar, la Italia para nacer, la Inglaterra para pensar y la Francia para vivir: otro autor añade, y la España para morir.

En la mesa el aleman es gloton, el inglés bebedor, sobrio el español, delicado el francés y de buen apetito el italiano. El aleman es serio, grave el español, alegre el francés, frágil el italiano y taciturno el inglés.

Dice Filoneste: El aleman es lento, resuelto el inglés, prudente y previsor el español, sutil el italiano y precipitado

# CASTILLO Y TORREON DE VINCENNES.

(Conclusion.)

A la muerte de Luis XIV, el duque de Orleans, regente del reino, deseando tener cerca de sí al jóven rey, le asignó el castillo de Vincennes, mientras se preparaba el de las Tullerías para recibirle. Esta disposicion se conformaba además con el testamento de Luis XIV, en el cual se lee: «Inmediatamente después de mi muerte, el mariscal de Villeroy mandará reunir las tropas en el lugar en que se halle el jóven rey, para acompañarle á Vincennes, por ser alli el aire muy sano.» Luis XV habitó algun tiempo en el castillo

de Vincennes; allí iba á pasearse todos los dias, y en su pequeño parque fué donde montó por primera vez á caballo. En 1731 Luis XV mandó abatir y arrancar todos los árboles del parque y reunir este al bosque. Se labró el terreno y se sembró de be lotas. Los robles que hoy se ven alrededor del castillo datan de esta época.

Mientras el jóven rey estuvo en Vincennes, el torreon se desocupó de presos. Desde el 17 de junio entraron en él sucesivamente Clermont y el conde de Polignac; Claudio Leblanc, ministro de la guerra, víctima de una baja intriga; el abate Pucelle, sobrino del ma-riscal de Catinat, que tuvo la debilidad de de-clararse por los milagros del diácono Pâris, y de querer arrastrar á sus amigos á defenderlos; Crevillon hijo, autor de una novela de costumbres que censuraba las del rey. En fin, entre los presos que el jansenismo llevó al torreon, se distinguen Morvant, cura de Vincennes; el subdiácono Marco-Antonio des Essarts; el padre Boyer; Jourdain y Gaspar Terrasson, del oratorio, y Nicolás Cabrisseau, antiguo cura de Reims.

Luis José de Vendôme, hijo natural del duque de este nombre, por creerle autor de un folleto publicado contra las señoritas de Mailly, se le arrestó y condujo á Vincennes, en donde murió en 1745 á los veintiocho dias de su arresto.

Los ministros del regente y de Luis XV fuéron pródigos en cartas-órdenes á favor del insaciable torreon. Los cómplices de la conspiracion de Cellamare, los jansenistas, los convulsionarios, los príncipes estranjeros, etc., se estrechaban en la cárcel de Vincennes.

Pero hé aquí seguramente el mas célebre . de todos, el desgraciado Latude, que por llegar de un brinco á la fortuna no habia creido nada mejor que ir á revelar á Mad. de Pompadour un complot imaginario. Esta travesura le costó cara. Arrestado muy pronto el falso

denunciador, fué condenado á pasar treinta y seis años de su vida bajo los cerrojos de la Bastilla y de Vincennes. Quisiera uno poder poner en duda el largo y horrible cautiverio de este hombre, la crueldad de sus verdugos, que le obligaron á vivir con grillos en los piés y en las manos, en un calabozo húmedo en donde los ratones hacian parte de su suplicio con sus mordeduras. Con una vara de hierro habia conseguido al cabo de veinte y seis meses romper la pared de su calabozo, para comunicarse con sus compañeros de infortunio. Pero su ingenio, su valor, su paciencia, sus evasiones ó tentativas de evasion solo sirvieron para hacer mas duras sus cadenas y redoblar sus tormentos. Al fin, empero, la casualidad favoreció al infeliz Latude. El viento que corria alrededor del torreon arrebató en un hermoso dia un pedazo de papel; era la narracion de los padecimientos del desdichado preso. Una buena muger del pueblo recogió este escrito, de que Eolo se habia hecho mensajero, y lágrimas inundaron sus ojos al leerlo. Desde este momento, interesándose por la suerte del infortunado Latude, Mad. Legros se propuso salvarle a toda costa. Dinero, diligencias, ruegos, lágrimas, todo lo puso en juego para realizar su generoso proyecto. Esta buena muger luchó tan bien contra la cólera póstuma de Mad. de Pompadour, que al fin obtuvo la libertad de su desconocido protegido.

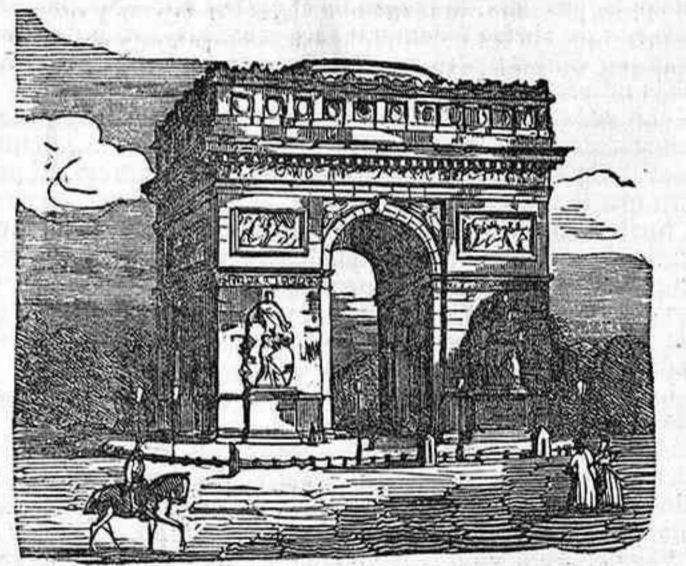
Poco distante del calabozo de Latude en Vincennes se hallaba el de otro preso no menos desgraciado, el del prebos-

boste?... Se habia atrevido á denunciar el famoso pacto de hambre. Para castigarle por tanta audacia se le condenó á dejar los veinte años mas bellos de su vida entre los hierros de cinco ó seis prisiones de estado. Pero Vincennes le reclama con justa razon, porque el cautiverio del preboste en el torreon duró quince años. ¡Qué angustias, qué tormentos, qué tribula-ciones hubo de sufrir! Estaba acostado desnudo, con las cadenas en los piés, sobre un tablado, con un poco de paja tan vieja y sucia, que realmente no era otra cosa que estiércol; por todo alimento dos onzas de pan por dia y un vaso de agua! y con esto ningun aire, ningun fuego, ninguna luz. Sin embargo, á pesar de todos estos tormentos y estas privaciones, el preboste habia encontrado el medio de escribir en el fondo de su calabozo una obra larga, el Arte de reinar. Algunas imprudencias del preso pusieron bien pronto en cuidado á la policía. A toda costa se quiso arranear al preboste este manuscrito, cuyo titulo solo era ya sos-



Columna de Vendôme.

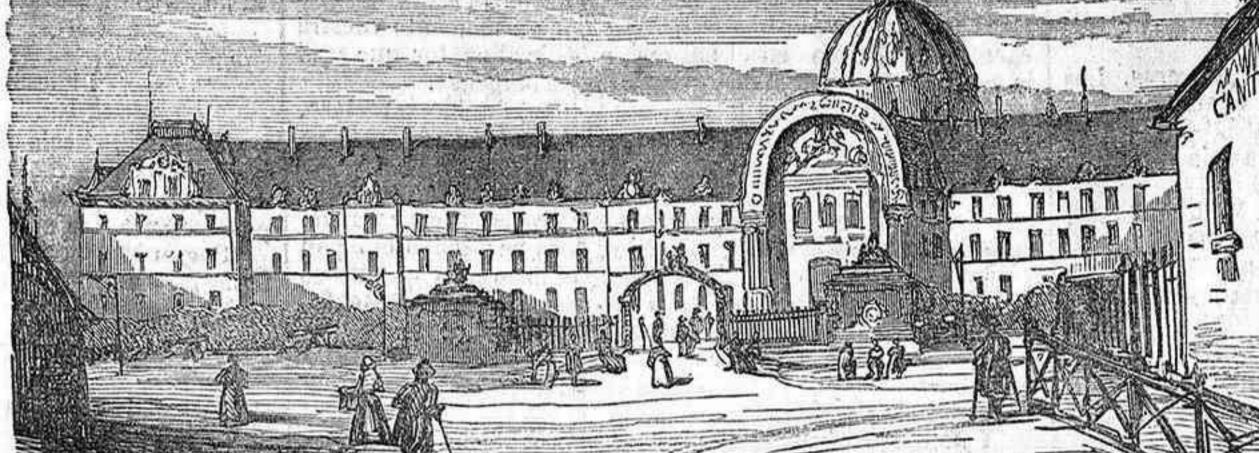
pechoso. Dejemos al mismo sitiado que nos cuente los detalles de este asalto de nuevo género. «A pesar de mi repulsa,



Arco de la Estrella.

la puerta se abre; mi llavero se pone delante y los sitiadores te de Beaumont. De qué crimen se hizo culpable este pre- ocultos en una sala que en otro tiempo servia de cocina. Yo





Esplanada de los Inválidos.

estoy bien armado; sus hachones me alumbran, nadie puede acercárseme sin que yo le toque. Se guarda silencio, luego se examina el local. Para entrar en mi habitacion era menester bajar entre dos puertas un escalon y luego subir dos, y subir á mi cama que tenia cuatro piés de altura, á mas de que defendian todavía la entrada dos sillicos cubiertos con ladrillos. El fierabrás que habia tratado de sujetarme el brazo, se adelanta hasta la segunda puerta, recibe en el mismo instante un ladrillazo en la boca del estómago, y no espera el segundo para retirarse. El pretendido oficial ordena que se cierre mi puerta para tomar otras medidas con mis carceleros, los llaveros v los soldados. Vienen esta vez tres hombres defendiéndose con un jergon de paja que presentan arrodillados detrás de él; el proyecto era una locura; no podian subir los dos esca-lones ni acercarse á mi lecho sin descubrirse por la derecha ó la izquierda. Este jergon no llegaba á la parte superior de la puerta; les arrojo por encima dos cántaros de agua, los cuales, cayendo á plomo sobre sus piernas, los hieren inundándolos y se retiran. El oficial á quien yo deseaba agarrar se atreve á ponerse en su lugar un momento, persuadido tal vez de que ya no tenia nada que arrojarle, y recibe en la cabeza uno de mis sillicos, que mancha y apesta de arriba abajo su vestido azul, así como á uno de los que le ayudaban á tener el gergon. El mismo me hace saber al momento mi buen éxito, quejándose del daño que le habia hecho en la cabeza. Ordena al retirarse que se cierren mis puertas, pero antes que se cierren les tiro un ladrillazo y un pedazo de él va á parar á la cabeza del llamado Lavisé, uno de mis llaveros, que habia discurrido lo del gergon... Sin embargo, pasé la noche en vela temiendo que volviesen y dando gracias á Dios por no haber muerto á nadie y haber zurrado á todo el mundo en mi justa defensa.» No sucedió esto solo. Los sitiadores volvieron á la carga con un singular refuerzo, un perro dogo de los mas grandes. Los de la policía se pusieron á irritar al dogo contra el preso que se preparaba para defenderse detrás de una barricada, formada de ladrillos. El perro ladró y pareció querer atacar aquella defensa improvisada; pero unos ladrillazos que recibe en el lomo, le obligan bien pronto á retirarse. En vano le irrita su dueño; el animal, mas prudente que su amo, no quiso obedecer. A pesar de esta lucha valerosa el preboste de Beaumont se vió obligado á obedecer á la fuerza, templada es verdad por las promesas. Salió de Vincennes para ser conducido á la casa de caridad de Charenton, y en el camino del hospicio perdió el precioso manuscrito, que tan valerosamente habia defendido.

El pretendiente de la corona de Escocia, Carlos Eduardo Stuart, después de haber salido mal en todas sus tentativas para recobrar el trono de sus padres, se habia refugiado en Francia, en donde encontró en un principio la mas generosa hospitalidad; pero el tratado de Aix-la-Chapelle entibió muy pronto el corazon de Luis XV en favor del huésped ilustre á quien habia acogido, y un dia recibió la órden espresa de salir de Francia. A consecuencia de la negativa del príncipe se le condujo arrestado á Vincennes, adonde llegó la noche del 10 al 11 de diciembre de 1748, y en donde estuvo hasta el 16 del mismo mes que salió para marchar á Roma á unirse con su padre.

El abate Prieur, falsamente acusado de haber estado en correspendencia ilícita con el rey de Prusia, y Pompignan de Mirabelle, que habia tenido la desgracia de recitar algunos versos satíricos contra Sartines y Mad. de Pompadour, fuéron bien pronto á reemplazar en Vincennes al ilustre preso de quien acabamos de hablar. Allí murieron ambos de tedio.

En 1749 Diderot fué á espiar á Vincennes la publicacion de su Carta sobre los ciegos para uso de los que ven. Diderot, arrestado en Vincennes, recibia con especial placer la visita de Grimm y de J.-J. Rouseau. J.-J. Rouseau iba á verle con frecuencia desde la calle de Platière, tomando luego tranquilamente el camino de la capital, después de haber descansado un rato bajo un árbol cerca de la Bastilla. En su prision Diderot se hizo graciosamente supersticioso.

«Yo tenia, dice él, un ejemplar pequeño de Platon en mi

bolsillo, y buscaba en él, abriéndolo por cualquier parte y refiriéndome al primer pasaje que veia, el tiempo que duraria todavía mi cautiverio. Abro y leo al principio de una página: Este negocio debe de concluirse muy pronto. Me sonrei, y un cuarto de hora después siento abrir las puertas de mi calabozo: era el teniente de policía Berryer que venia á anunciarme mi libertad para el dia siguiente.» En efec-to, desde el dia siguiente Diderot estaba en libertad, no de salir sino de habitar libremente bajo palabra en el castilto de Vincennes. Allí fué donde, paseándose en el parque con sus dos amigos Grimm y J.-J. Rouseau, Diderot aconsejó al último que escribiese una memoria sobre una cuestion de moral propuesta por la Academia de Dijon, y que fué premiada. Diderot estuvo tres meses preso en Vincennes. Siguiendo el órden cronológico de

los hechos, resulta que el marqués de Mirabeau, padre del famoso orador, encerrado en el torreon de Vincennes por su ebra sobre la Teoria del impuesto, salió en libertad el mismo año á solicitud de su muger.

En el número de las personas notables encerradas en el torreon cuyos motivos de arresto no ha sido posible averiguar, se cita al baron de Winsfeld; el abate Moncrig, dean de la catedral de Autun; el padre Fernando de Villeneuve; la viuda de Saint Sauveur y la señorita de Huguenin; el conde de Saint-Ange; el coronel suizo Rapin; Camilo Constant Mercourt y el caballero de la Parquerie. Los dos últimos habian

sido víctimas de una intriga amorosa.

El marqués, ó mas bien el conde de Sade, tan célebre por su cinismo, habia sido condenado á muerte con su criado por el parlamento de Aix, como culpable de inmoralidad y de envenenamiento. Se habia salvado en Gênes y después en Chamberi, en donde una carta-órden del rey de Cerdeña hizo que le encerrasen en el castillo de Miolans. Solo estuvo en él seis meses, al cabo de los cuales pudo evadirse auxiliado por su muger, que habia ido á Chamberi, y por un tal baron de la Allée, su compañero de prision. Anduvo largo tiempo errando por Francia y por Italia sin atreverse, á pesar del deseo de su familia, á constituirse en prision para levantar la sentencia infamante que le condenaba á muerte. Pero fué arrestado en París, donde vivia oculto en casa de su muger á principios de 1777, y encerrado en el castillo de Vincennes. En junio de 1778 fué conducido á Aix para la revision de su sentencia. En el mes de agosto siguiente se le volvia á Vincennes, pero su muger rompió sus hierros por segunda vez en Lambesc, ganando á una criada de una posada que ayudó; al marqués á salvarse por una ventana después de haber puesto en un estado de embriaguez completa al exento de policía que le custodiaba. Fué à ocultarse en la corte; pero fué descubierto muy pronto y llevado á Vincennes el 7 de setiembre. Alli habia estado ya diez y seis meses, y aun hubo de pasar cinco años y medio. Se le trató en un principio con bastante rigor, teniéndole encerrado dos años en una habitacion. húmeda, sin libros, sin muebles, sin criado y reducido á hacer él mismo su cama: se le miraba como á un loco, y se le daba de comer por un postigo; su muger, que al fin se habia cansado de querer á un hombre semejante, ya no iba á verle.

El 17 de mayo de 1777 los agentes de la policía francesa arrestaron en Amsterdan á Mirabeau y á la marquesa de Monnier, á quien habia robado, y que figura sobre todo en la historia de Mirabeau bajo el nombre de Sofia. Ambos fugitivos fuéron encerrados, el uno en el torreon de Vincennes, y la otra en el convento de Santa Clara. Mirabeau tenia que luchar en Vincennes contra el capricho de un gobernador, la arbitrariedad de un carcelero y el placer maligno de un ministro... Todo se le quitó, libros, dinero, vestidos... Pero se le dejó una pluma! Lo primero que hace con ella es dejar caer desde lo alto del torreon sobre la cabeza del despotismo su famoso libro de las Cartas-órdenes... Gracias al influjo de la desgraciada princesa de Lamballe, Mirabeau recobró la libertad á los cuarenta y dos meses de su cautiverio.

En 1784 los presos de Vincennes fuéron trasladados á la Bastilla. Las torres, las rejas, los hierros, los calabozos del torreon cedieron á la cárcel feudal de París unos desgraciados que no debian de volver á ver el sol de la libertad hasta el 14 de julio de 1789, dia en que el pueblo rompió las cade-

nas de la gran prision de Estado.

A principios de 1791 el gobierno mandó hacer algunos reparos en el castillo de Vincennes, con objeto de darle su antiguo destino. El 28 de febrero el pueblo de París, que dos años antes habia demolido la Bastilla, alarmado con semejante proyecto, corrió de tropel á Vincennes, entró en el castillo, y después de haber destruido las puertas, las vidrieras y los barrotes ya reparados, se puso á demoler la plataforma y los parapetos, y manifestaba la intencion de destruir toda la fortaleza, cuando se lo impidió la intervencion del general Lafayette, á quien habia hecho prevenir la municipalidad de Vincennes. La guardia nacional llegó á hacerse dueña del castillo, no sin un ataque vivo y obstinado. Hubo una larga resistencia por parte de los ciudadanos y una lucha que terminó por el arresto de sesenta y cuatro hombres, que fuéron conducidos á las prisiones de París.

Sin embargo se continuaban los trabajos proyectados, y ya se empezaban los reparos que habian hecho necesarios las demoliciones, cuando un decreto de la Asamblea nacional del 8 de marzo siguiente ordenó que se suspendiesen.

El consulado envió al torreon de Vincennes á un preso casi real, á un héroe que tenia la manía de emplear su heroismo contra su patria, á un Borbon apellidado duque de Enghien! Persuadido de que este principe era uno de los jefes de la conspiracion tramada contra él, el primer consul determino por fin prenderle en la frontera, en donde se encontraba, y traerle á Francia para procesarle. El duque de Enghien se habia refugiado en efecto á la pequeña ciudad de Ettenheim, situada à las orillas del Rhin, à unas veinte leguas de Carlsruhe. Poca distancia habia de Ettenheim á Strasbourg; y para un proscripto, para un principe, para un Borbon, Strasbourg estaba muy cerca de Vincennes. El 15 de marzo de 1815, simplemente por un sop'o de la policia, fué arrestado. Eran como las cinco de la mañana. El duque de Enghien babia proyectado para este dia una partida de caza con el coronel Grunstein, y ya estaban vestidos y disponiéndose á salir, cuando Ferou, su criado, llegó á avisar que estaba la casa cercada de soldados y que el comandante mandaba abrir, si no se queria ver derribar las puertas. «Ea pues, defendámonos!» esclamó el principe, y ya apuntaba desde la ventana al oficial que habia hecho la intimacion, cuando el coronel Grunstein, poniendo la mano sobre el cañon del fusil del principe: Monseñor, le dijo vivamente,

¿os habeis comprometido? «No, contestó el príncípe.—Pues bien! entonces toda resistencia es inutil, estamos cercados y veo muchas bayonetas.» El príncipe se vuelve, y ve entrar efectivamente à Pfersdorf y á sus gendarmes en la sala... Se arrestan con el príncipe al coronel Grunstein y á tres criados... Mientras se reunian las tropas diseminadas alrededor de la ciudad, el príncipe y los demás arrestados fuéron depositados en un molino llamado de la Tuilerie, situado á poca distancia de las puertas de Ettenhein.

El caballero Jacobo había estado muchas veces en este molino, y se acordaba de que una de las puertas de la pieza en que se encontraba iba á dar á un tablon por medio del cual se atravesaba el rio que hacía girar la rueda del molino, hizo una seña al duque y este se acercó á él poco á poco. «Abrid



Estatua del emperador en la columna Vendôme.

esa puerta, le dijo rápidamente, pasad el tablon y arrojadlo al agua, que yo les cerraré el paso.» El príncipe se dirige á la puerta; un niño, asustado por la presencia de los soldados, se habia escapado al otro lado y habia corrido el cerrojo; el comandante, advirtiendo este movimiento, hizo inmediatamente colocar allí dos centinelas... Algunos dias después, Harel, antiguo sargento de guardias francesas, y entonces comandante del castillo de Vincennes, recibia del ministro las instrucciones siguientes: «Un individuo cuyo nombre no debe ser conocido será conducido al castillo que os está confiado. La intencion del gobierno es que todo lo relativo á él sea un secreto y que no se le pregunte nada ni acerca de su persona ni sobre los motivos de su arresto. Vos mismo debeis ignorar quién es. El primer cónsul cuenta con vuestra discrecion y vuestra exactitud...» El 20 de marzo, á las cinco

y media de la tarde, entraba en el patio del castillo de Vincennes un carruaje con seis caballos, que conducia un preso... Era el duque de Enghien. Harel bajó inmediatamente á recibirle, y como el dia habia estado frio y lluvioso, le rogó que subiese á su casa á calentarse, mientras se le preparaba su alojamiento. El príncipe le contestó que se calentaría con mucho gusto, pero que tambien le agradaría comer, porque casi no habia tomado nada desde por la mañana. Encargada la cena á un fondista de la vecindad, no se tardó en presentársela. Sentose el príncipe á la mesa, y su perro de caza, que no se habia separado de su dueño desde el momento de su arresto, fué á colocarse junto á él. El duque le dió parte de los manjares que se le habian servido, y «Creo, le dijo á Harel, que no cabrá indiscrecion en que yo haga esto». Concluida la cena se retiró Harel, y como el príncipe estaba cansado del camino, se acostó y se durmió muy pronto. Pero hácia las once de la noche, Noirot, subteniente de la guardia civil encargado de su custodia, se presentó para proceder á su interrogatorio... Entre tanto los miembros de la comision militar se reunieron para deliberar sobre la suerte del preso. La discusion fué viva y se prolongó hasta muy avanzada la noche. Por último se determinó... Harel invitó al principe á que le siguiese, y, con una linterna en la mano, le precedió por las diversas piezas que habia que atravesar seguido del subteniente y los gendarmes de la guardia. Llegaron de este modo á la torre denominada del Diablo, donde estaba entonces como ahora la única salida para penetrar en los fosos del castillo. Al ver la escalera estrecha y tortuosa por donde era preciso descender: «¿Adónde me conducis? preguntó el príncipe; si voy á ser enterrado vivo en un calabozo, mas quisiera morir inmediatamente.-Monseñor, le contestó Harel, tened la bondad de seguirme y de recobrar todo vuestro valor.» Después de bajar la escalera se siguieron los fosos hasta el pié del pabellon de la reina, y al volver de la esquina de este pabellon se encontraron enfrente de las tropas, que se alumbraban con la incierta luz de algunos faroles, y de las cuales se habia separado un peloton para la ejecucion que iba á tener lugar. Caia en aquel momento una lluvia menuda y se oian á alguna distancia las voces de un grupo de oficiales que estaban en el puente levadizo situado antes de la puerta del bosque. El ayudante Pelé, que mandaba el destacamento, se adelantó con la sentencia de la comision militar. Al saber que estaba condenado á muerte, el príncipe guardó silencio por un momento; en seguida, dirigiéndose al grupo que estaba delante de él, preguntó si no se podria procurársele unas tijeras. Se le facilitaron unas, y el cortó un mechon de su pelo, lo envolvió en un papel con un anillo de oro y una carta, y le suplicó al subteniente Noirot que hiciese llegar todo aquello á las manos de la princesa Carlota de Rohan... Hecho esto, el principe pidió un sacerdote, que no se le pudo proporcionar en vista de la hora avanzada. Después de un instante de recogimiento, el duque se adelantó algunos pasos: el peloton se colocó delante de él á una distancia conveniente. Se ha pretendido que la luz pálida de un farol que iba á dar sobre su pecho sirvió de puntería á los soldados. Como quiera que sea, habiendo mandado el fuego el ayudante Pelé, el príncipe cayó sin movimiento atravesado por muchas balas. Eran entonces como las tres de la mañana... En aquel momento solo una persona lloraba en el castillo de Vincennes; la muger del comandante Harel, que era hermana de leche del duque de Enghien. El 21 de marzo, muy de mañana, yendo el ministro real à Vincennes, un poco mas allá de la barrera del trono encontró á Savary, y este le contó la sentencia y ejecucion do un acusado que él llevaba órden de interrogar en nombre de Bonaparte! Asi concluyó este drama de Vincennes, uno de los mas tristes misterios de la historia de las revoluciones de Francia.

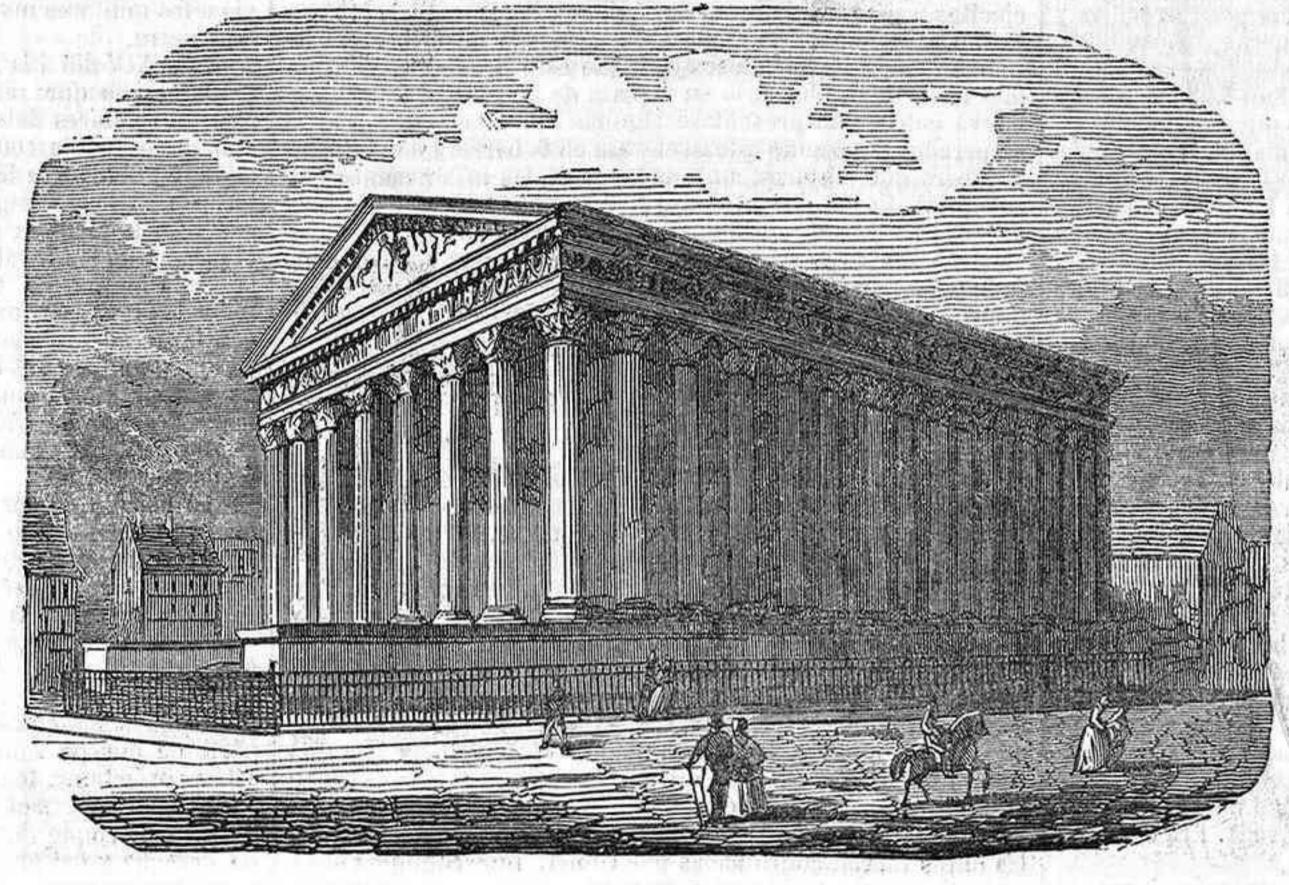
En 1812 el general Daumesnil, tan conocido con el nombre de pierna de palo, fué nombrado gobernador de Vincennes, de donde debian partir el inmenso material y las municiones necesarias para los diversos cuerpos del ejército que el emperador queria formar sobre el Rhin para su espedicion de Rusia.

De vuelta á París, después de la espedicion de Moscou, Napoleon, previendo que la Francia podria ser invadida por los ejércitos europeos, ordenó que se ejecutasen inmediatamente en Vincennes varias obras de fortificacion, para poner á esta centinela de la capital, no solamente al abrigo de un

golpe de mano, sino tambien en estado de resistir como plaza fuerte á las tentativas del enemigo. El general Daumesnil vigiló la ejecucion de estas obras con todo el celo de que era capaz.

Cuando Napoleon restableció las prisiones de Estado cerradas hacia treinta años, arrestó en Vincennes á los cómplices de Georges, los cardenales opuestos al concordato, que se llamaron cardenales negros. El imperio confió al torreon unos cien presos políticos, cuya reunion reasumia bastante tristemente las victorias y las conquistas del emperador; la oposicion francesa y la coalicion europea estaban allí representadas por los Polignac, el baron de Kolli, el cardenal Gregorio, Mina, Esmenard, Dudon, Lahorie, Odonnel, Wernese de Redes, el abate de Fontana, Broglie, Bertazzoli, Boulogue, etc., etc.

De la esplanada de Vincennes partieron en 1814 los alumnos de la escuela politécnica para el cerro de Chaumont con los cañones que manejaban
como artilleros consumados... ¡Ay!
que pocos volvieron de tan valientes
jóvenes; casi todos murieron en sus
baterías. Entonces fué cuando el puesto confiado al bravo Daumesnil vino á
ser para él una nueva ocasion de desplegar su patriotismo y su firmeza.
Sabidos son los tristes acontecimientos de esta época y el asombro de la
Europa á la vista de este soldado mu-



Monumento de la Magdalena.

ya hacia muchas semanas que la capital del imperio habia caido en manos de los ejércitos coaligados. Daumesnil, á quien ninguna consideración podia hacer titubear, resistió al mismo tiempo á las ofertas vergonzosas que le fuéron hechas y á las fuerzas numerosas que le oponian. No rindió la plaza hasta el 12 de abril de 1814, que lo hizo en manos del conde | mo lado. de Artois, teniente general del reino. Poco tiempo después de la entrada de Luis XVIII en París, el marqués de Puyvert pasó de preso del torreon à gobernador del castillo. Pero desde el 20 de marzo de 1815, el emperador habia vuelto á tomar posesion de las Tullerías, y al dia siguiente el bravo Daumesnil fué repuesto en su comandancia.

Durante el período de los cien dias Vincennes recobró como plaza de armas su actividad primera. De este punto salió nuevamente parte del material y de las municiones de guerra que debian mantener los cuerpos del ejército formados por orden de Napoleon en las fronteras de Francia.

Cuando la segunda invasion en 1815, la fortalaza de Vincennes tuvo que luchar aun contra los ataques del enemigo El castillo, trasformado en una verdadera armería, contenia entences una gran cantidad de municiones de guerra y de armas de todas clases. El emperador habia establecido tambien allí una comision de ingenieros militares. La firmeza del general conservó á la Francia este inmenso material, único que le quedaba. No se hablaba de otra cosa en París mas que de la respuesta de Daumesnil á las intimaciones del enemigo: «Cuando me devolvais mi pierna, les decia él, os entregaré la plaza.» Y tal era la estimacion que inspiraba tanto valor, I tilla. Este torreon, de forma cuadrada, está rodeado de fosos que la bandera tricolor ondeó bastante tiempo en las torres de Vincennes en frente de la bandera blanca enarbolada en

los edificios de París. Reemplazado cuando la segunda vuelta de los Borbones por Puyvert, la revolucion de julio de 1830 llamó á Daumesnil por tercera vez á la comandancia de la fortaleza, que tan bien habia defendido, y que aun debia de volver á defender, no ya contra los rusos y los prusianos, sino contra el motin enfurecido. Sabidos son los acontecimientos que habían conducido á los ministros de Carlos X al torreon de Vincennes mientras que la cámara de los Pares decidia de su suerte. Pero impaciente con la lentitud de la justicia, y temiendo que alguna intriga los sustrajese á la venganza nacional, el pueblo se presenta bramando á las puertas de Vincennes, y pide á grandes gritos la cabeza de los culpables. La consternacion se habia difundido entre los presos; creian ver empezar de nuevo para ellos las sangrientas espizciones de otra época, y se preparaban á morir, cuando Daumesnil manda bajar el puente levadizo, y adelántandose solo hácia el pueblo desenfrenado: «¿Qué quereis? le dice.—La cabeza de los acusados.-¿Y no sabeis que pertenecen á la ley, y que no la obtendreis sino con mi vida? Que uno solo de vosotros se atreva á pasar el puente y hago volar el castillo.» Estas palabras bastaron para contener á aquellos hombres exasperados, que se alejaron llenos de admiracion por el comandante de Vincennes, y esclamando: ¡Viva el general Daumesnil! ¡Honor à la pierna de palo! El bravo general murió en Vincennes

del cólera el 17 de agosto de 1832. Conservado después como plaza de guerra de primera clase el castillo de Vincennes, ha tomado un nuevo aspecto y mayor animacion. Ha sido habitado hasta la Revolucion de fe-

brero de 1848 por los duques de Montpensier.

El castillo no tiene por qué quejarse de los gobiernos y de los pueblos del siglo XIX. El gobierno de 1830 le concedió unos treinta millones para sus fortificaciones, su armería de artillería, su fundicion, sus fábricas de armas, sus cuarteles, sus hospitales militares, su manutencion de víveres y sus almacenes: ¡cuánto dinero para reedificar una prision feudal!

El parque y el bosque de Vincennes, en cuyo centro está situado el castillo, tiene mas de mil cuatrocientas sesenta fanegas francesas de superficie. Es un arbolado de olmos, ojaranzos y robles, de los cuales los mas antiguos no datan, como hemos visto antes, sino de 1731. En el centro de una estrella, adonde vienen á salir nueve calles, se ha levantado un obelisco de estilo Pompadour, el cual remata con un globo y una aguja dorada con dos escudos de armas. Este bosque ofrece una multitud de paseos deliciosos y muy frecuentados en el buen tiempo.

El aspecto del castillo, que en el reinado de Carlos V era notable por lo pintoresco de la arquitectura del siglo XIII, y que en medio de macizos de robles seculares dejaba ver su torreon con los cuatro ángulos redondeados por torrecillas y sus nueve altas torres cuadradas, con troneras, ha cambiado mucho con los siglos y los hombres. Los edificios que servian de habitacion á la corte de Carlos V y de San Luis, han desaparecido, sin dejar ningun vestigio de lo que fuéron.

En 1789 los nuevos edificios se componian de dos grandes y vastos pabellones, construidos en tiempo de Luis XIII y decorados por Luis XIV. Las pinturas de la habitación del rey eran de Felipe de Champagne. Las de la sala del trono, donde estaba representado Luis XIV con todo el brillo de su gloria, llamaban la atencion de los visitadores; allí se veian la Francia y las artes personificadas. Las pinturas del cielo raso de la sala del concierto, representaban diversos asuntos de la fá-

bula, y hacian alusion à Ana de Austria.

Lo que quedaba del antiguo castillo consistia en el torreon tal como aun se ve en el dia. Todo él formaba un vasto paralelógramo regular, contenido en un foso muy profundo, en otro tiempo lleno de agua viva, á lo largo del cual se elevaban de trecho en trecho las nueve grandes torres cuadradas de los tiempos feudales. Estas torres, que servian fambien de prision, habiéndose reconocido perjudiciales para la defensa de la plaza, fuéron demolidas después de 18!4 hasta la altura de la muralla, y están convertidas en el dia en plataformas armadas de cañones; una sola, al Norte, hécia la avenida de París, y llamada la Torre del diablo, ha conservado su carácter gótico, su primer destino, su puente levalizo, su rastrillo y sus troneras: actualmente sirve de sala de disciplina. Una de estas torres, la llamada de la Superintendencia, contenia cuatro calabozos de cinco á seis piés cuadrados; las camas eran de piedra; debajo habia cueva, á la cual no se podia bajar sino por un agujero practicado en la bóveda. Era una verdadera sepultura.

La puerta del Mediodía, que serva de entrada al parque plantado en 1754, se elevaba en formi de arco de triunfo; es-

tilado negándose á entregar el castillo de Vincennes cuando I taba adornada con columnas y estatuas de mármol. Este trozo de arquitectura, que pertenece al talento de Leveau, era muy estimado. Después fué restaurada por los diseños de este hábil arquitecto. Un puente de piedra construido sobre el foso, ha reemplazado el antiguo puente levadizo, y un inmenso poligono, el parque, que ha desaparecido completamente del mis-

> El primer patio, entrando por la puerta del Mediodía, y el tercero del lado de la villa, en otro tiempo denominado Patio-Real, está cerrado por derecha é izquierda con dos pabellones de columnas dóricas, que son los que mandó construir Luis XIII. A los dos lados hay elegantes corredores con arcos. Se sube al edificio de la derecha, llamado Pabellon de la Reina, por una magnifica escalera. Parte de este cuerpo está unida à la habitación del gobernador ó comandante de plaza. Las grandes habitaciones que dan al bosque y que en el dia se hallan abandonadas, están decoradas con adornos dorados y pinturas preciosas. El ala opuesta, conocida con el nombre de Pabellon de! Rey, tiene por vista el panorama de París. Sirve actualmente de cuartel para la guarnicion del fuerte. El segundo patio, trasformado en un vasto parque de artillería, contiene provisiones de cañones, bombas, balas, y todo lo que constituye el material de una gran plaza de guerra.

A la izquierda de este patio se eleva el torreon que fué preservado de una ruina inminente por los moderados de 89. Todavía en pié se eleva tan alto como es; domina á París, le desafia, le amenaza, mirando á sus piés con cierto desprecio una estatua de la Libertad, erigida sobre las ruinas de la Basde cuarenta piés de profundidad y veinte de ancho, y revestido con piedras de sillería; se llega á él por tres puentes levadizos, y después hay que pasar tres puertas. Luego se encuentra un patio interior, en medio del cual se eleva majestuosamente el torreon. Otras tres puertas, la última de las cuales era de hierro, cierran todavía su entrada. Veinte grandes cañones defienden las cercanías del lado de París. Este torreon, flanqueado con cuatro torrecillas á cada uno de sus ángulos, y que sobresalen hácia el foso, está dividido en cinco pisos, compuestos cada uno de una gran sala cuadrada, cuya bóveda, de piedra, está sostenida en el centro por un fuerte pilar, y de cuatro gabinetes de trece piés de diámetro en las esquinas donde están las torres, todos con su chimenea. Las celdas de las cuatro torres laterales, en los cinco pisos, estaban dispuestas en forma de calabozos, en los cuales no penetraba el dia sino por unas lumbreras provistas de triples y fuertes rejas.

En el piso bajo está la sala de la Cuestion. Todavía se veian allí en 1790 unas argollas de hierro, signos de dolor, y un lecho de tablas en el cual descansaba el paciente. En el dia se fabrican allí cartuchos y otros efectos de guerra. El almacen de pólvora se estiende en los inmensos subterráneos que se prolongan hasta la mitad del camino de Saint-Mandé.

La sala del último piso se llamaba Sala del Consejo. Allí es donde celebraban sus sesiones los reyes de la tercera raza para tratar de todo lo que tenia relacion con los asuntos po-

líticos del reino.

La santa capilla fué restaurada en el reinado de Carlos X. La arquitectura esterior es de un gótico simple y esbelto. Alli se ven en las claraboyas magníficas vidrieras pintadas por Juan Cousin conforme á los diseños de Rafael. Sobre el altar, construido en un estilo análogo al resto del edificio, hay un baldaquino elegante. Alli está tambien el monumento elevado á la memoria del duque de Enghien, compuesto y ejecutado por Desène.

Detrás de la Santa-Capilla está la sala de armas en un gran edificio nuevo. Es una de las mas considerables y mejor distribuidas que pueden verse. Nada mas pintoresco, dice Emilio Deschamps, que estas paredes de fusiles, de escopetas y de trabucos; estos pilares de culebrinas y de cañones y estas bóvedas de espadas y de sables. Y luego todos estos trofeos, estas cifras, estas figuras simbólicas compuestas con armas de hierro tan graciosamente como con flores; y luego el pensamiento que tal vez hay allí de las bayonetas que hayan estado en las victorias de la Revolucion y del Imperio. Es una magia completa.

#### ARCO TRIUNFAL DE LA ESTRELLA EN PARÍS.

El origen de este monumento, consagrado á la gloria de los ejécitos franceses, se remonta al tiempo del Directorio (1797). En un principio debia de haberse edificado en la barrera de Italia; pero no habiéndose ejecutado este proyecto, se trató mas tarde de establecerlo en la plaza de la Bastilla. Como esta nueva colocacion presentase algunas dificultades locales, el emperador determinó que se elevase en la barrera de la Estrella, para que adornase una de las entradas mas hermosas de la capital. Los arquitectos Raymond y Chalgrin recibieron el encargo de trazar el plano; y desde el año 1805 principiaron los trabajos de construcion, segun los diseños de Chalgrin, único que por último quedó encargado de las obras, por haber dimitido su nombramiento el antedicho Raymont. No es exacto, como lo han anunciado algunas descripciones de este monumento, que el emperador haya colocado su primera piedra. Los obreros empleados en su construccion hicieron grabar la inscripcion siguiente.

EL QUINCE DE AGOSTO DE MIL OCHOCIENTOS SEIS, DIA DEL ANIVERSARIO DE S. M. NAPOLEON EL GRANDE, SE PUSO ESTA PIEDRA, LA PRIMERA QUE SE HA COLOCADO PARA LA ELEVACION DE ESTE MONUMENTO. MINISTRO DEL INTERIOR, MR. DE CHAMPAGNY.

Este monumento, hecho de piedra de Château-Laudon, estaba elevado hasta la cornisa del pedestal cuando en abril de 1310, con notivo del matrimonio de Napoleon con María Luisa, archiduquesa de Austria, Chalgrin mandó hacer de madera y tela lo que faltaba para concluir el edificio, y por esta puerta triunfal adornada para aquella circunstancia hicieron su entrada en París los emperadores.

Habiendo muerto este arquitecto el 20 de enero de 1811, las obras fuéron continuadas por Gonst. Interrumpidas después de los acontecimientos de 1814, no se continuaron hasta 1823, en cuya época prescribió su conclusion una real

órden, dedicando este monumento al ejército de España, mandado por el duque de Angulema. El arquitecto Huyot se encargó entonces de su direccion, que conservó hasta 1833, en que fué reemplazado por Abel Blonet, que tuvo la gloria de terminarlo en 1836.

La revolucion de 1830 devolvió á este monumento su primer destino, el de perpetuar el recuerdo de las victorias

de la Revolucion, del Consulado y del Imperio.

El arco triunfal de la Estrella es el único en el mundo de proporciones tan colosales. Los cimientos tienen ocho metros de profundidad y una superficie de cincuenta y seis metros de largo y veintiocho de ancho. La longitud del gran arco del medio, que soporta el coronamiento, es de catorce metros y cincuenta centímetros. Los dos arcos laterales son de menor dimension. Todo alrededor del monumento se ha nivelado el terreno y empedrado. Una fila de mojones reunidos por cadenas de bronce lo encierran en un circulo, en torno del cual andan los carruajes. Veinte candelabros, de bronce tambien, proyectan por la noche una luz viva suministrada por el gas. En medio del pavimento del arco mayor se ha figurado una gran cruz de la Legion de honor, de mármol, con un águila de bronce en el centro. Se sube á la parte superior del edificio por una escalera de piedra, cuyo espigon agujereado da paso á un tubo destinado al desagüe.

Las esculturas y adornos que decoran las cuatro fachadas

de este magnifico monumento consisten en:

El gran friso ejecutado por Brun, Jacquot, Lectier, Rude, Caillonete y Seure (el mayor).

Por el lado de Paris. Dos grupos alegóricos á derecha é izquierda del arco principal, que representan, el uno el Triunfo (1810), por Cortot; el otro, la Partida (1793), por Rude. Las dos Famas que decoran los tímpanos del arco son de Pradier. El gran bajo relieve que representa la Batalla de Aboukir es de Seure (el mayor); el que representa los Funerales del general Marceau es de Lemaire.

Por el lado del Roule. Los timpanos del arco pequeño que representan figuras alegóricas, fuéron ejecutados por Bra. El gran bajo relieve que hay encima, y que representa la Bata-

lla de Austerlitz, es de Gechter.

Por el lado de Neuilly. Los dos grandes grupos alegóricos á derecha é izquierda, que reprentan, el uno la Resistencia (1814), y el otro la Paz (1815), son de Eter. Las dos Famas son de Pradier.

Los dos bajos relieves, de los cuales uno representa la toma de Alejandría, en Egipto, es de Mr. Chaponiere; el otro, que representa el puente de Arcole, es de Mr. Feuchere.

Lado de Passy. Los timpanos del arco pequeño son de Mr. Vallois; el gran bajo relieve que representa la Batalla de Jemmapes, es de Marocheti.

Inscripciones colocadas en los pilares del arco grande recuerdan las principales batallas ó hechos de armas en que salieron victoriosos los ejércitos franceses. Estos nombres están clasificados segun las grandes divisiones, del Norte, para las guerras de los Paises Bajos; del Este, para el Egipto; del Oeste, para las guerras de la Península. Estas inscripciones hacen de este monumento una vasta página histórica, destinada á trasmitir á las generaciones futuras los recuerdos de la gloria militar.

Resulta de ellas, que desde 1791 á 1814, la Francia sostuvo treinta ejércitos bajo diversas denominaciones, y que se

dieron ciento cincuenta y ocho batallas.

Son seiscientos cincuenta y dos los nombres que allí se encuentran apuntados, y entre los oficiales generales que figuran, ciento veinte han sido muertos en el campo de batalla ó de resultas de las heridas.

El gasto total de este monumento ha ascendido desde 1806 á 1836 á 9.877,000 francos.

PALACIO NACIONAL DE LOS INVÁLIDOS EN PARÍS.

Entre los monumentos de la capital que honran la memoria de Luis XIV, el palacio de los Inválidos debe ser colocado en primera linea. Sin embargo el pensamiento de esta institucion no pertenece esclusivamente á este príncipe ni á sus ministros. Se debe á Felipe Augusto; pero, mal secundado ó careciendo de fondos, este monarca tuvo que renunciar á él casi inmediatamente. Aceptado por Enrique III y por Enrique IV, fué abandonado por Luis XIII, quien desde 1643 envió á los militares inválidos de la calle de la Ursina al hospital de Bicetre.

Luis XIV dió á la institucion creada por sus predecesores el desarrollo que reclamaba el aumento progresivo de las fuerzas militares de su reinado. Un decreto del consejo del mes de marzo de 1660 consignó fondos para la construccion de los edificios y la dotacion de este establecimiento: presentáronse planos, designose el sitio y comprose el terreno. El rey puso la primera piedra en 1670; y cuatro años después el palacio de los Inválidos se elevó majestuoso al nordeste de la vasta llanura de Grenelle: porque Luis XIV queria que todos los monumentos elevados en su reinado fuesen sellados con la grandeza de su nombre, con su ruinosa munificencia. Desde el año de 1674 los edificios se encontraron en estado de recibir cierta cantidad de oficiales y de soldados; pero hasta después de treinta años no se terminó el monumento conforme á los planos y bajo la direccion de Julio Hardouin Mansard.

El palacio de los Inválidos está situado á la estremidad occidental del barrio de San-German. Su fachada mira al setentrion: tiene 200 toesas de estension, cuatro pisos y ciento treinta ventanas. Sobre la puerta principal se ve la estatua ecuestre de Luis XIV.

Atravesando esta puerta se entra en el patio principal, que tiene 390 piés de longitud por 192 de latitud. Está rodeado de dos órdenes de arcos, uno sobre otro, formando galerías. Cada una de las cuatro fachadas está acompañada de una especie de cuerpo saliente con un frontis. Las habitaciones están perfectamente dispuestas. El estado mayor del palacio, es decir, el gobernador, el general comandante, el intendente militar, los empleados de sanidad y las oficinas, ocupan las del ala derecha y del ala izquierda de la fachada. Se hicieron algunas habitaciones particulares del lado de la llanura de Grenelle para alojar á los oficiales superiores y á algunos subal-

ternos; las demas habitaciones están, con muy pocas escepciones, todas juntas, pero dispuestas de tal modo, que los militares que las ocupan viven con bastante anchura. Los dormitorios de los oficiales tienen de cuatro á seis camas y los de la tropa cincuenta. En uno de los grandes salones del palacio están colocados por órden cronológico los retratos en pié de los mariscales de Francia muertos. Hácia Grenelle se encuentran tambien los almacenes y la enfermería. Las dos cocinas que tiene están situadas en el centro. En las habitaciones colocadas á derecha é izquierda del patio principal hay cuatro refectorios, en los cuales se ven varias pinturas al fresco, que representan los sitios y las batallas mas memorables del reinado de Luis XIV.

Desde el patio se llega sucesivamente por las galerías laterales á otros seis patios principales, que todos tienen su

destino particular.

La enfermería del palacio se mantiene con el mayor cuidado y con toda limpieza. Los enfermos son asistidos allí por las hermanas de San-Vicente de Paul con esa solicitud benévola que caracteriza á esas mugeres tan generosamente dedicadas al alivio de los enfermos. Son veintiocho, y ocupan una parte del edificio separada de las demas. El laboratorio

hace parte de este angulo del establecimiento.

En el fondo del patio principal se encuentra la entrada de la iglesia. Este edificio, cuya construccion completa el vasto palacio de los Inválidos, fué comenzado en 1675; las obras duraron treinta años, y aun no estaban terminados cietos adornos cuando Luis XIV concluyó su larga carrera. Se compone de una gran nave y de dos capillas adornadas con pilastras corintias. La iglesia de los Inválidos, uno de los mas bellos monumentos de Francia, se debe al talento de Mansard, que fué su arquitecto. Tiene una magnifica bóveda de trescientos piés de diámetro, es decir, de unos novecientos piés de circunferencia por su base. Su forma elegante y piramidal se eleva doscientos veintitres piés de altura y domina á París. La fachada de la iglesia mira al mediodía: sus dimensiones tienen treinta toesas de longitud y diez y seis de elevacion. Está levantada sobre una gradería de muchos escalones, adornados al estilo dórico y al corintio, coronada con un frontis triangular. Los nichos adyacentes á la entrada están ocupados por las dos estatuas colosales de San Luis y de Carlomagno. La primera se debe al cincel de Couston (el mayor), la segunda al de Coysevox. Alrededor de la bóveda hay otro órden de columnas corintias. Está vestida de plomo toda la bóveda y adornada con doce tríglifos grandes dorados en 1813 por órden de Napoleon. El dorado se estiende hasta la cúpula. En los intervalos que separan los tríglifos se ven trofeos militares coronados con un casco, cuya abertura sirve de lumbrera. Lo interior de la bóveda contiene seis capillas. La cúpula central representa la apoteósis de San Luis ofreciendo á Dios su espada y su corona. Esta obra, admirada por todos los inteligentes, es de Carlos de Lafosse. En las cuatro penchinas de esta cúpula están representados los cuatro evangelistas que pertenecen al mismo pincel. La primera bóveda está dividida en doce partes iguales, en las cuales están representados los doce apóstoles por Jouvenet. Las pinturas que adornan las cuatro capillas de San Gerónimo, San Ambrosio, San Agustin y San Gregorio se deben al talento de Boullongue. La capilla de la Virgen es una de las mas notables; es de mármol blanco y muy bien concluida. La bóveda del santuario representa la Asuncion de la Virgen y la Trinidad, pintadas por Coypel. Los grupos de ángeles que adornan el alfeizar de los cruceros los ejecutaron los dos hermanos Boullongue.

Las victorias de la Revolucion, del Consulado y del Imperio habian adornado la nave con nuevecientas sesenta banderas quitadas al enemigo. Estos trofeos de la gloria militar de los franceses desaparecieron en 1814 cuando la primera invasion de los aliados. Los inválidos las convirtieron por sí mismos en cenizas antes que devolverlas á sus antiguos due-

ños. Pero ya han reemplazado á aquellas cerca de otras doscientas.

Las bóyedas de los inválidos contienen los restos mortales de muchos mariscales de Francia y oficiales generales muertos de gobernadores del palacio. Al entrar en estas bóvedas subterráneas se vé á la derecha el sepulcro de Turenne frente al que está el de Vauban. Los demás nombres están escritos en la tabla de mármol colocada en la iglesia frente al púlpito. Las cenizas de las veinticuatro víctimas del 28 de julio de 1835 reposan igualmente en las mismas bóvedas.

Numerosos canales derraman por todo el palacio las aguas necesarias para la salubridad y el consumo diario de

sus habitadores.

Los inválidos tienen una biblioteca de unos veinte mil volúmenes, que fué creada en 1799 por las diligencias del primer cónsul: está sostenida con los fondos especiales aña-

didos todos los años á su presupuesto.

En 1800 el primer cónsul prescribió tambien la construccion de una batería en la esplanada de los Inválidos. Desde 1830 se aumenta esta batería con muchas piezas de diferentes calibres procedentes de la conquista de Argel. La batería de los Inválidos anuncia á la capital las grandes solemnidades públicas y las victorias ganadas por los ejércitos franceses.

#### CASTILLO DE LAVAL,

La ciudad de Laval, capital del departamento de la Mayenne, debe su orígen á un antiguo castillo edificado en el siglo VIII, para impedir las incursiones de los bretones. Esta fortaleza fué destruida por los daneses y los normandos, y reedificada en 840 por Guyon, tercer hijo de Guy-Valla, conde del Maine. Habiéndose agrupado alrededor del castillo muchas casas, se formó en poco tiempo una pequeña ciudad, que Guyon mandó rodear de fuertes murallas almenadas y provistas de buenas torres. El general inglés Talbot se apoderó de ella á viva fuerza en 1466; pero los franceses la recobraron al año siguiente.

El castillo se eleva á orillas del Mayenne entre un monton de casas de poca apariencia. Tiene sobre él una torre alta v redonda. Tambien tiene un gran patio de vastas piezas, una capilla subterránea, una torre notable por su magnifica armadura, y una inmensa sala que estaba destinada para las deli-

beraciones de los vasallos, cuando el señor feudal los convocaba.

Esta antigua habitacion, que en un principio sirvió de residencia á los duques de Laval, después duques de la Tremouille, sirve en el dia de prision.

La antigua galería del castillo, de una construccion mas reciente y de mejor efecto, ha sido convertida en Palacio de Justicia.

El 25 de octubre de 1793, los alrededores de Laval fuéron teatro de una batalla sangrienta, en la cual fuéron completamente derrotadas las tropas republicanas.

## FORTIFICACIONES ROMANAS DEL MANS,

La ciudad del Mans, capital del departamento de la Sarthe, fué fundada por los romanos en el segundo siglo de nuestra era. Todavía se ven en toda la parte del norte las antiguas murallas de que estuvo rodeada. Estas fortificaciones, que traen á la memoria los recuerdos de guerra de cerca de diez y siete siglos, tienen ana longitud de 400 á 500 metros. Existen tres torres redondas del mismo origen bastante bien conservadas, que tambien hacian parte del sistema de defensa de la ciudad galo-romana,

# FORTIFICACIONES Y PUERTAS DE NANCY.

La ciudad de Nancy, capital del departamento de la Menrthes, que no era en el siglo XI mas que una sencilla fortaleza en cuyo centro se encontraba un vasto palacio, se fué sucesivamente agrandando, y llegó á ser la capital de la Lorena. Cuando Carlos el Temerario invadió el ducado de Lorena, Nancy-estaba precedido de aldeillas que fuéron arrasadas á la aproximación de los borgoñones, y sobre sus ruinas se levantaron fortificaciones donde se inmortalizó la nobleza lorenesa. Estas fortificaciones, aumentadas en 1585 y 1621, no existen en el dia. No se vé mas que la antigua ciudadela rodeada de fosos y algunos restos de fortificaciones no conservadas.

Entre las puertas que todavia adornan á Nancy, son notables la de San Juan, construida en el siglo XV; la de Estanislao, la de Nuestra Señora y la de Santa Catalina. Las dos primeras son de órden dórico; la última forma un arco de triunfo de tres pórticos, compuestos igualmente de órden dórico con sus capiteles y entablamientos, coronados de un atrio adornado de trofeos de armas y bajos relieves.

El acontecimiento mas notable en los fastos de la Lorena y particularmente en la ciudad de Nancy, es el de la batalla que se dió bajo los muros de la plaza en 1577. La guarnicion estaba reducida al último estremo, cuando el duque René II vino à socorrerla en el momento en que el hambre mas espantosa casi la obligaba á rendirse, y avisó su llegada á los sitiados por un fanal encendido en la torre de la aldea de San Nicolás. El duque de Borgoña estaba colocado en el centro de su ejército, donde está hoy Bonsecaurs, su derecha al lado de Malgrange y la izquierda apoyada en las orillas de la Meurthe. La vanguardia de René, compuesta de setecientos infantes y dos mil caballos, avanzó por detrás del bosque de Jarville, y atacó al enemigo por un flanco al mismotiempo que un segundo cuerpo de suizos y alemanes, dispuestos como el primero, atacaba el ala izquierda. Los capitanes de René le rogaron que no espusiera al peligro una persona tan querida à la Lorena. Estaba dispuesto, les dijo, á seguir vuestros consejos, pero no esperaba esto; y empezó el ataque. El ejército borgoñon no pudo resistir al choque impetuoso de los loreneses, de los suizos y de la guarnicion de Nancy que tomó parte en la accion: espantados los borgoñones huyeron, y bien pronto fué horrible la carnicería. Carlos el Temerario hizo prodigios de valor; pero arrastrado por los fugitivos, terminó su carrera en las lagunas del estanque de San Juan, donde fué hallado su cuerpo.

Los franceses se apoderaron de Nancy en 1633, y le conservaron hasta el tratado de Vincennes de 1661, que estipulaba la destruccion de las fortificaciones tomadas nuevamente por Tourville en 1670. Luis XIV hixo levantar de nuevo las murallas destruidas en virtud del tratado de Riswick á escepcion de la ciudadela y las puertas de la ciudad nueva.

COLUMNA DEDICADA AL GRAN EJERCITO EN LA PLAZA DE VENDOME, EN PARIS.

En el centro de esta plaza, una de las mas bellas y de las mas vastas de la capital, se elevaba en otro tiempo la estatua ecuestre de Luis XIV, que desapareció en la revolucion de 1789. Sobre los cimientos de este monumento, que tienen treinta piés de profundidad, el primer consul Bonaparte puso la primera piedra de la Columna departamental del Sena, sobre la cual debia de colocarse la estatua de Carlomagno. Ya hemos dicho antes el pensamiento que hizo dar otro destino á este edificio nacional.

Después de la memorable campaña de 1805, tan gloriosamente terminada por la batalla de Austerlitz y la paz de Presburgo, el director de los museos y de la moneda de las medallas, Denon, que habia seguido al emperador á Schænbrunn propuso al trasformar la columna departamental en un monu-

mento conmemorativo de los triunfos de la campaña. Napoleon aprobó esta idea y mandó ponerla en ejecucion. La actividad mas grande presidió á la obra, que se concluyó en menos de cuatro años. Mucho era para un monumento destinado á inmortalizar una campaña de tres meses, tres meses que habian bastado para subyugar á toda la Alemania; para tomar à Viena, para poner à los piés de Napoleon las dos potencias mas altas de la Europa, Rusia y Austria; pero era muy poco si se tiene en cuenta el número de obreros y artistas que fué preciso reunir para hacer marchar á un tiempo todas las partes tan diversas de tan magnifico conjunto. A medida que se trabajaba en la piedra, dibujantes, escultores, fundidores y cinceladores, se apoderaban á dos manos del bronce de los cañones enemigos. Lo torcian, lo plegaban, lo

laban, lo tejian por decirlo así como una cinta que pasaba en seguida á revestir las obras de albañilería que la mano del arquitecto trabajaba. París es la única ciudad del mundo donde, como en otro tiempo en Roma, las artes pueden, si quieren, operar semejantes prodigios. Es el paraiso de los artistas y de los obreros, es la récompensa de sus estudios y de sus obras.

La columna ha recibido sucesivamente los nombres de Columna de Austerlitz, Columna de la Victoria y por último Columna del Gran Ejército, que es el actual. Esta columna es de piedra y cubierta de bronce. Este bronce es el de mil doscientos cañones ganados á los ejércitos rusos y austriacos durante la memorable campaña de 1805. La masa de este bronce pesa nuevecientos mil kilógramos. Las fajas de bronce que suben en espiral tienen trece piés y ocho pulgadas de

Las proporciones de este monumento son colosales. Su elevacion total es de ciento treinta y ocho piés. El pedestal que tiene veintiun piés de elevacion presenta en sus fachadas cuatro trofeos militares modernos, de uniformes, banderas, efectos y utensilios de guerra colocados en un admirable desórden: encima se dibujan unas guirnaldas de hojas de roble, sobre las cuales hay en los cuatro ángulos cuatro águilas de bronce macizo que con sus garras las enlazan. De este pedestal se lanza la columna.

La fachada del pedestal donde está la puerta de entrada se debe al lápiz de Mazois, arquitecto, y al cincel de Gerard. Los bajos relieves de las otras tres fachadas fueron esculpidos en comun por Renaud y Beauvallet conforme á los diseños de Zir. Las cuatro águilas son de Canler, los adornos de

Gelée. En la parte superior de esta masa cuadradra, en la fachada del mediodía, dos famas sostienen una inscripcion latina que puede traducirse por estas palabras: «Con el bronce conquistado á sus órdenes durante los tres meses de la campaña de la Alemania en 1805, Napoleon, augusto emperador, elevô este monumento á la memoria del Gran Ejército.» Debajo de esta inscripcion hay una puerta de dos hojas cubierta de águilas y de coronas: dentro de la columna se construyó una escalera de caracol compuesta de ciento sesenta y seis escalones por la cual se sube á la galería colocada en lo alto de la columna, en la que se eleva un pedestal que remata en

MONUMENTO ELEVADO À LA GLORIA DEL GRAN EJÉRCITO, COMENZADO EL 25 DE AGOSTO DE 1806, Y TERMINADO EL 10 DE AGOSTO DE 1810, BAJO LA DIRECCION DE MR. DENON, DIRECTOR GENERAL, DE MR, G. B. LEPERE Y DE MR. GONDONIN, ARQUITECTOS.

ENTRONEN Toda la columna está rodeada de un bajo relieve que se desarrolla en espiral á la longitud de 840 piés, y presenta inscritos casi dia por dia todos los hechos memorables de la campaña de Alemania de 1805. Mil ciento veinte presillas de bronce aseguradas en la piedra del monumento fijan estos bajos relieves de la manera mas sólida y sencilla.

Hé aquí los asuntos de los sesenta y seis cuadros que re-

presentan los bajos relieves: reserve value rendedror v

bóveda cou estotra inscripcion:

## PRIMERA FARTE DE LA CAMPAÑA.

1. La armada naval entra en el puerto de Bolonia el 25 de agosto de 1805.

2. Los dias 31 de agosto, 1.º, 2 y 3 de setiembre, los cuerpos 3.°, 4.°, 5.° y 6.° parten del campo de Bolonia y marchan sobre el Rhin. 3. El 2 de setiembre, el 2.º cuerpo parte de Utrecht y se

dirige sobre el Mein. 4. El 2 de setiembre, el 7.º cuerpo deja el campo de Brest

y se dirige sobre el Alto-Rhin.

5. El 17 de setiembre, el 1.er cuerpo parte de Hanovre y se dirige sobre el Mein. 6. El 25 de setiembre, el emperador se presenta en el se-

nado. S. M. declara que está principiada la guerra de la tercera coalicion, y que va á partir para mandar el ejército. 7. El 25 de setiembre, el 2.º cuerpo, que partió de Ho-

landa, pasa el Rhin en Mayence. 8. El 25 de setiembre, el 5.º cuerpo de caballería pasa el Rhin en Kehl.

9. El 26 de setiembre el 3.er cuerpo, que partió de Bruges, pasa el Rhin en Manhein. (Continuará.)

# NUEVOS BUZONES DE CORREOS.

Ahora que se van á establecer en varios puntos de Madrid buzones para admitir la correspondencia, creemos oportuno ofrecer un grabado representando las bellas columnas de hierro que poce tiempo ha se pusieron con el mismo objeto en Paris y Bruselas, y que reunen á la elegancia y comodidad en la forma, la seguridad en la conservacion de las cartas. Sería de desear que los buzones que van á colocarse en Madrid, no se separaran en mucho de este modelo, digno de ser imitado.

# El precio de un medicamento en Saboya.

Si mis lectores quieren acompañarnos, vamos á hacer una escursion por Saboya.

Escursion de placer, partida á voluntad, y además el viaje no costará... mas que un esfuerzo de imaginacion: es evidente que tan ventajosa retribucion no se obtiene ni en los caminos de hierro.

Nos encontramos en el majestuoso valle de Sallanches, de un par de leguas de ancho, una verdadera cinta de esmeraldas realzada por un marco de montañas, que hace destacar pintorescamente su hermoso verdor.

Si lo consentis, vamos á situarnos en la balaustrada de ablandaban en todos sentidos como si fuera una cera, lo hi-l este pequeño puente de madera: no os alarmeis si veis pasar por debajo las ondas espumosas y rugientes del torrente del Arve.

Sorprende agradablemente, en medio de este espantoso ruido, considerar el espectáculo tranquilo y risueño de la llanura. A nuestra izquierda, mirad bien, se desarrolla un ansiteatro de bosques, de queseras, de cam-pos cultivados: delante de nosotros se ostenta Sa'lanches con sus casas blancas y su campanario limpio como el estaño. Por último, á nuestra derecha ruge y centellea la cascada de Chede, torrente fantástico que se precipita de una altura de 400 piés: se divide al estrellarse contra la piedra redonda de una roca, para unirse después, cruzando sus ondas límpidas, blancas y brillantes como el ro-cío de la mañana.

Ved mas abajo aquella montaña verde, coronada por anchos bancos de roca: diríase que era una antigua fortaleza de titanes.

Lejos, muy lejos, detrás de una roca negra, distinguireis un tejado, una cabaña, una habitacion: es la casa del viejo Bernardo. Hemos invertido un segundo en trasladarnos

aquí; y si no teneis nada que objetar, vamos de otro salto á introducirnos en la casita de Bernardo.

—Servios pasar adelante.

-: Estás acostado, Bernardo? ¿ Estás malo, pobre viejo?

-Muy malo, muy malo estoy.

-¿ Te ha visto algun médico? —Juan ha ido á buscarle: percibo las pisadas de su caballo;

es probablemente él. El médico saboyano se adelantó con la gravedad de un juez de paz en el ejercicio de sus funciones: tomó los pulsos al enfermo, le examinó la lengua, hizo un gesto, y dando un golpecito en la mejilla del buen viejo, le dijo:

-Eso no será nada, amigo mio.



Puerta de Nancy.

Pero hace una seña á los tres muchachos, que estaban allí de pié con la boca abierta, la frente contraida y en la ansiedad de un acusado esperando su sentencia.

Vedlos á los cuatro reunidos en un rincon, el doctor moviendo la cabeza, y alargando desmesuradamente el labio inferior.

-Es cosa grave, hijos mios, es cosa grave. En la pesadez de los pulsos, en las facciones alteradas se reconoce una fiebre aguda: en este momento está en pleno acceso, y concluido que sea, es absolutamente necesario el sulfato de quinina.

-¿De qué, de qué señor doctor?

cara y que encontrareis en Sallanches seguramente. Entre los dos acceso s es menester hacerle tomar, lo menos, por valor de tres francos: al efecto voy á escribir mi receta. ¿Sabes tú leer, Guillermo?

-Sí señor.

-Pues cuidarás de que se cumplan mis instrucciones. -Estad tranquilo.

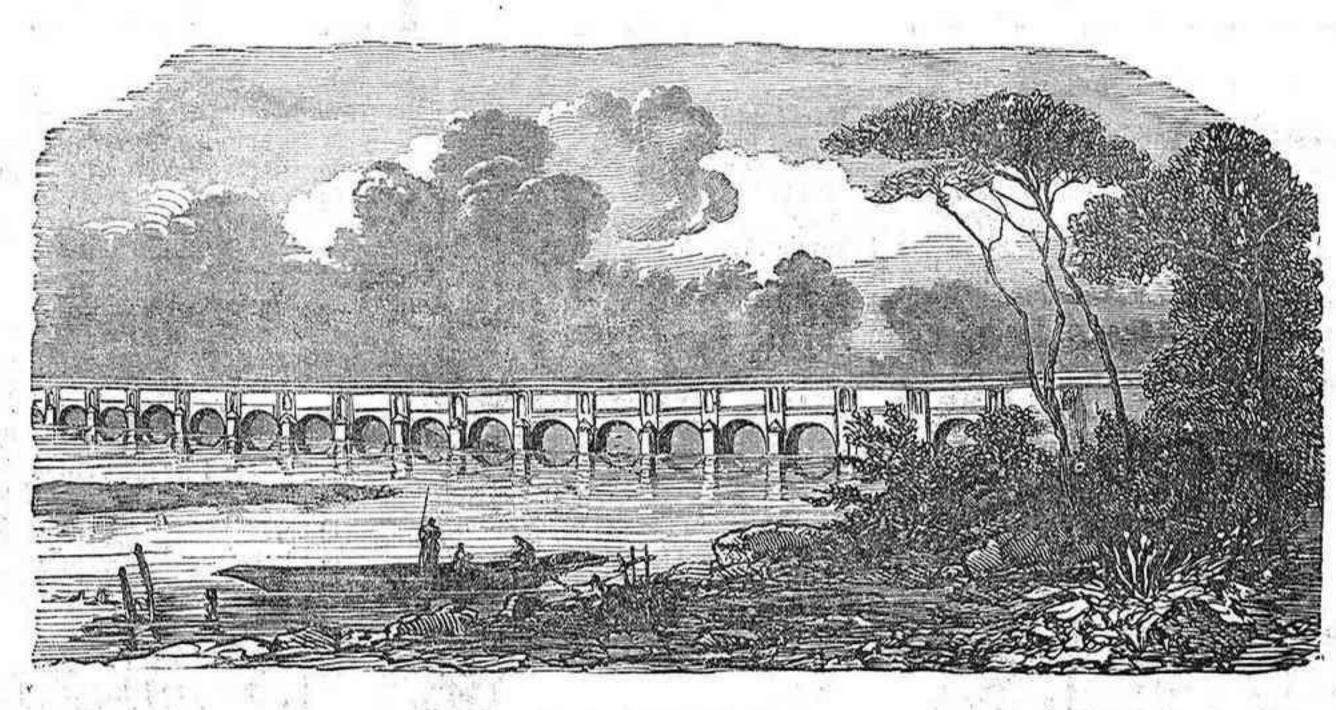
Tres francos en las montañas de Saboya son mas que sesenta en las grandes poblaciones.

Cuando el médico hubo partido, Guillermo, Pedro y Juan, los tres hijos de Bernardo, se miraron con inquietud, pues entre los tres solo reunian 17 sueldos.

-Escuchad, dijo Pedro; yo co-nozco un medio de ganar esta noche en la montaña tres ó cuatro piezas de cinco francos.

-Ah! esclamaron los dos herma-

nos. -Ya he vendido yo el botin antes de ser dueño de él; es decir, he hecho proposiciones á un naturalista, mercader de Sallanches. Lo único que me retenia era el peligro que es necesario correr, pero por la conservacion de nuestro anciano padre no me detengo ya. Si queremos, podemos ob-



Puente del Espíritu Santo.

tenerlo en dos horas: se trata de un nido de águilas, situado en un espantoso precipicio.

-Yo seré quien vaya á buscarle, dijo Guillermo. -Yo, dijo Juan, soy el mas jóven, y vosotros haceis mas falta.

-No, porque yo lo he descubierto.

—Yo soy el mayor y tengo el derecho de ser obedecido. Los tres jóvenes disputaban la ocasion de sacrificarse, y la discusion era tanto mas interesante, cuanto el peligro era mas inminente, el precipicio espantoso y el codiciado nido casi inaccesible.

-Escuchad, dijo Pedro, hay un medio de componerlo todo, echemos suertes: escribe tres números, Guillermo; hé aquí mi sombrero de montaña. El que saque el número uno descenderá á coger el nido.

Guillermo encendió para ennegrecerla una papeleta, hizo tres pedazos una carta que encontró sobre la chimenea, escribió los números 1, 2, 3, arrolló los pedazos y los arrojó en el sombrero.

Oh! todos sus corazones latian de esperanza y de temor. El anciano Bernardo padecia, y cada uno de sus hijos de-seaba el consuelo de jugar su vida para salvar la de su padre.

La suerte tocó á Pedro: él era el que habia hecho el descubrimiento, la negociacion en Sallanches, la comunicacion á sus hermanos, el que merecia la preferencia. Al momento fué á abrazar á Bernardo.

-¡ Adios, padre, adios!

-; Dónde vais, hijos mios? —A trabajar para tener el medicamento que el médico ha prescrito.

— ¿ Me abandonais?

-No estaremos mucho tiempo ausentes, padre, y tenemos necesidad de ir juntos.

—¿Qué vais à hacer?

-Te lo diremos á nuestra vuelta.

Y cada uno de los tres hijos abrazó sucesivamente á su padre enfermo.

Guillermo descolgó de la pared un sable mohoso que habia pertenecido á Bernardo cuando servia en los coraceros. Juan buscó en un rincon la cuerda con que arrancaban los árboles. Pedro corrió á arrodillarse delante de un antiguo paredon que en uno de sus costados tenia una pequeña efigie de la Santa virgen, una de esas columnas como se encuentran á millares en Italia consagradas al culto de la Madona, al piadoso recuerdo de la Santa Madre de Dios.

Parten, llegan al borde del precipicio, y organizan su ataque al nido.

El peligro no consistia únicamente en la posibilidad de una caida de mas de cien piés, sino además en la agresion de las aves de presa que podia contener el abismo.

Aquel á quien la suerte habia designado para empresa tan peligrosa, era un hermoso jóven de veinte y dos años, de -De quinina, amigo mio, una sustancia que cuesta muy fuerza atlética, y que no cejaba nunca ante ninguna dificul- | defensa.

tad. Habiendo medido la profundidad á que debia descender, se ciñó una cuerda, anudada de trecho en trecho, que sus hermanos se encargaron de bajar ó subir, segun él pi-diese; después, provisto del sable de su padre, descendió por el precipicio.

Llega felizmente hasta el intersticio que oculta el nido del águila. Este nido contiene cuatro aguiluchos de pluma clara; es un tesoro para el va-liente montañés, y su corazon palpita de alegria á vista de tan rico botin. Desgraciadamente queda por hacer lo mas difícil; es necesario remontarse con esta presa, y en ello está el mayor peligro.

Pedro coge el nido, le sujeta como puede en su mano izquierda, conservando en la derecha el sable cortante de que se ha armado.

Ya la voz del jóven cazador ha resonado victoriosamente en las cavidades del precipicio.

-¡Le tengo! grita. ¡Son nuestros!

Ya la cuerda se agita ascendiendo, cuando de repente Pedro se ve acometido por dos águilas enormes, que reconoce en su furor y sus graznidos por el padre y la madre de los pequeñue-

los de que se ha apoderado. -¡Valor, hermano, defiéndete sin miedo!

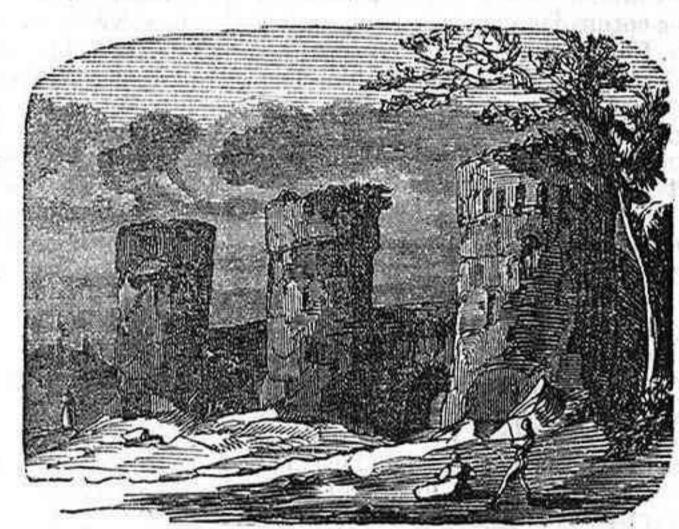
Pedro estrecha el nido contra su pecho, y con su mano derecha hace el molinete con el sable de su padre.

Entonces se empeña una lucha espantosa: las águilas gritan, sus hijuelos chillan, el montañés silba y blande su sable con desesperado esfuerzo; su hoja brilla al sol como el relámpago, como el rayo, hiriendo á las águilas, que no ceden en su porfía, sacando chispas de las rocas.

De repente, la cuerda que sostiene al jóven sobre las profundidades del abismo se alarga por un choque inesperado.

Pedro levanta los ojos y ve que en sus evoluciones, haciendo el molinete con su sable, ha tocado la cuerda, y que esta cuerda de salvacion está medio cortada.

Si se rompe, Pedro es perdido; su botin rueda con él al



Fortificaciones romanas de Mans.

precipicio, y el anciano Bernardo corre el espantoso peligro de morir por falta de una medicina que sus hijos no podrán comprar.

Sin duda algunos de mis lectores durante alguna pesadilla han soñado que caian en un precipicio ó de alguna ventana á la calle. Estos comprenderán el terrible vértigo que acometió al montañés al ver su cuerda rota y al conocer la inminencia del peligro.

Los ojos de Pedro, desmesuradamente dilatados, quedaron inmóbiles un instante, y después se cerraron con espanto.

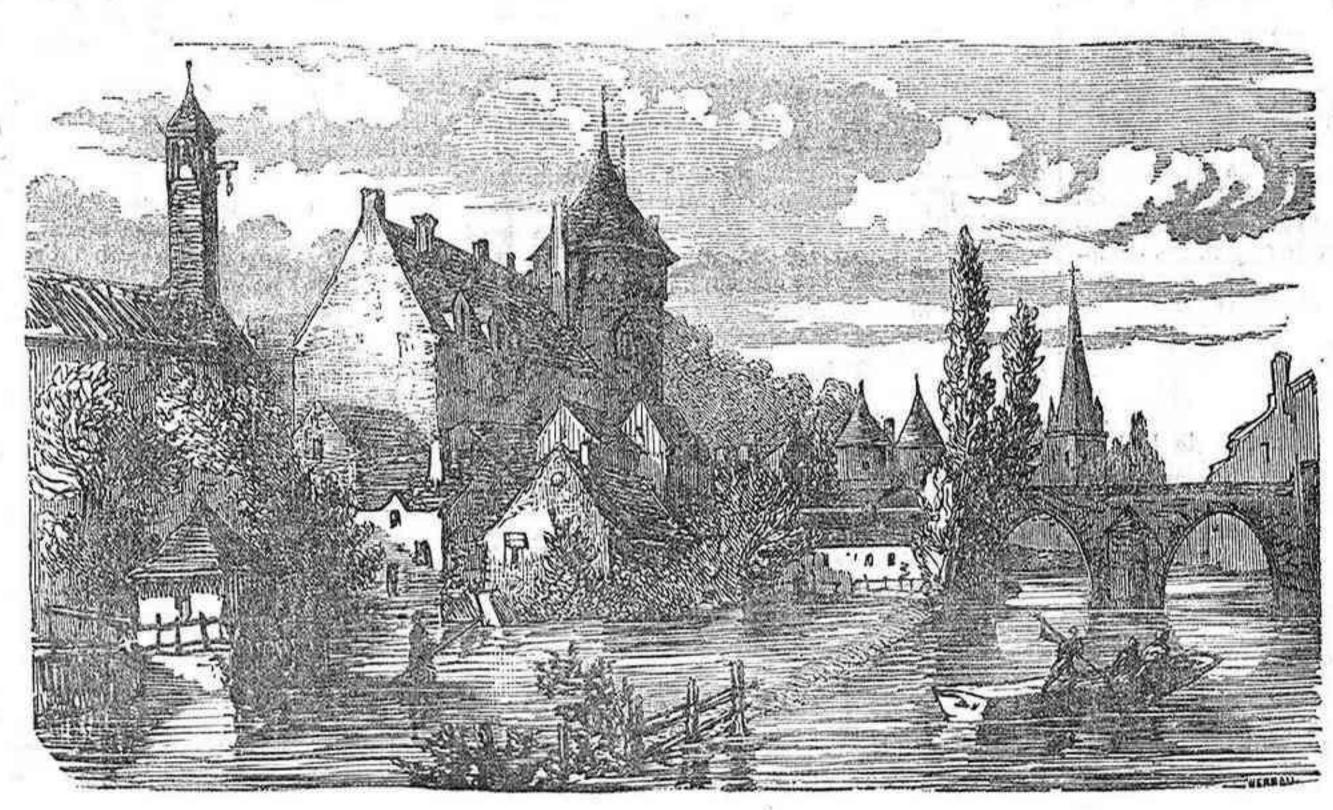
Un estremecimiento glacial recorrió todo su cuerpo, y estuvo á punto de soltar el nido y el sable que le servia de

> En aquel instante una de las águilas se arrojó sobre su cabeza para despedazarle el rostro; entonces nuestro saboyano se reanimó, hizo un supremo esfuerzo y se defendió lo mejor que pudo.

> Un hombre cualquiera no hubiera tenido tanta resolucion; pero Pedro pensó por una parte en su anciano padre y por otra en la Madona que habia implorado antes de su espedicion, y tuvo la felicidad de salir victorioso.

La cuerda sube siempre: voces amigas pronuncian palabras de alien-to y de triunfo; Pedro no estaba en estado de responderles. Cuando hubo llegado al borde del pricipicio con el nido de águilas, que no habia aban-donado, sus cabellos, negros antes como el ébano, se habian vuelto tan completamente blancos, que Guiller-mo y Juan no reconocian á su hermano.

Qué importa! los aguiluchos eran de la mas rara especie. Al punto fué-ron vendidos. El anciano Bernardo pudo tomar su sulfato de quinina, y el médico le encontró al siguiente dia en estado de convalecencia y le juzgó fuera de peligro. (Diario de un médico.)



Gastillo de Laval.